

Juan Carlos Marín
La guerra civil en Argentina

El trabajo que a continuación se presenta constituye el adelanto de un estudio cuya temática más que planteada fue oscuramente presentida hacia mediados de 1974 en la Argentina. No había pasado mucho tiempo aún de lo sucedido en septiembre de 1973 en Chile; estaba sensibilizado –mal o bien– para percibir una tendencia, para mí irreversible, que asumirían las luchas sociales en el país.

Al igual que en octubre de 1972 en Chile, era posible observar que las acciones de guerra de la burguesía ya estaban en marcha; pero desgraciadamente, al igual que lo sucedido en Chile a partir de octubre de 1972, la decisión desencadenada por la burguesía no fue percibida en su total significación por gran parte de los sectores sociales y políticos alineados con las demandas populares. En realidad toda reflexión y discusión política se enfrentaba a lo que mucho más tarde comprendí que constituían verdaderos obstáculos epistemológicos en relación al análisis de las formas que asumían las luchas.

Las discusiones de ese periodo (1972 en Chile; 1974 en Argentina) se referían al carácter y significado de los enfrentamientos políticos y sociales. Esquematisando, podrían agruparse los argumentos en dos posiciones relativamente extremas: aquellos que caracterizaban la situación como de "guerra"; y aquellos que negaban que ese fuera el carácter de la situación.

La imagen dicotómica de la "guerra" y la "paz" era incómoda: ¿quién se hubiera atrevido, en esos momentos, a caracterizar la situación como de "paz"? Pero ello no otorgaba derecho, afirmaban los más, a caracterizar la situación como de "guerra".

Ante el dilema cabía preguntarse si las reflexiones y las discusiones nos estaban intentando conducir hacia un supuesto "espacio" entre la guerra y la paz.

¿Cómo sabemos cuándo ha comenzado la guerra?

¿Cuándo y cómo aplicar el axioma de Clausewitz acerca de que "la guerra es la continuación de la lucha política por otros medios"?

El discurso de la "guerra" y la "paz" presuponía, desde esa perspectiva, un discurso del poder; y ello nos remitía al discurso teórico que del enfrentamiento social tiene la burguesía.

Desde nuestra perspectiva se hacía conveniente comenzar por aclarar que, en verdad, el "espacio" entre la guerra y la paz no existe; tanto la guerra como la paz dimanaban de la práctica y del dominio de

la reflexión que sobre el poder tiene el discurso teórico de la burguesía.

El discurso de la guerra –como teoría rigurosa– nace a fines del siglo XVIII con Clausewitz articulado al proceso de las revoluciones político-militares de la burguesía europea y la constitución de los territorios de sus Estados nacionales. Es a él, a Clausewitz, a quien nos remiten inicialmente los revolucionarios (Marx-Engels) para interiorizarnos acerca de las "leyes de la guerra" durante el siglo XIX, el "siglo de las revoluciones proletarias".

Clausewitz es quien intenta establecer una teoría de la guerra no subordinada a la especulación ni al empirismo tecnológico dominante en ese momento; pero al hacerlo constituye su esfuerzo a partir de las luchas entre Estados mediante sus fuerzas armadas. Es de esa manera que la teoría del Estado-nación (del poder) incide sobre su reflexión de la guerra, parcializando y reduciendo los territorios sociales del enfrentamiento armado.

La "guerra de Clausewitz" presupone una relación social de lucha entre fuerzas armadas en las que el carácter social dominante es el de ser la organización armada de los soldados-ciudadanos: el territorio político de la dominación armada de la burguesía. La guerra, en Clausewitz, se reduce al espacio social del enfrentamiento armado entre fuerzas de la burguesía: es una lucha armada entre "iguales".

En las palabras de Clausewitz,

es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor, si en vez de compararlo con cualquier otro arte lo comparáramos al comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la que, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio en gran escala. Más aún, la política es el seno en que se desarrolla la guerra, dentro de la cual yacen escondidas sus formas generales en un estado rudimentario.

Así como la economía clásica fundaba el territorio legítimo de su discurso teórico en el campo de las relaciones sociales de cambio (el "mercado"), por ser éste el territorio de relaciones sociales entre "iguales" (los propietarios de mercancías), analógicamente Clausewitz presupone una teoría del poder que se reduce al espacio social (la "política") de las relaciones entre "iguales" (los "ciudadanos"). La "política" de Clausewitz ocupa el lugar del "mercado" de la teoría económica clásica.

Cuando los economistas clásicos restringían el proceso económico a las relaciones sociales de cambio (el "comercio" de Clausewitz), nos remitían al campo de las "leyes naturales" para buscar y encontrar

las explicaciones del proceso económico, y con ello encubrían la territorialidad social que permitía objetivar la explotación capitalista: las relaciones sociales de producción, las cuales objetivaban en el proceso de trabajo las relaciones entre "expropiado" y "expropiador" como relación social entre "no iguales". Eran estas relaciones sociales las que creaban las condiciones de explicación, y explotación, del proceso productivo capitalista.

Al producir Marx una ruptura epistemológica en su crítica a la economía clásica, no sólo incorporó otros campos de relaciones sociales en la descripción y explicación del proceso económico sino que simultáneamente permitió comprenderlo como producto de leyes sociales históricamente determinadas en oposición a la supuesta inmutabilidad que las leyes naturales ejercerían sobre el proceso económico.

La teoría de la revolución proletaria, la cual es un presupuesto de la teoría de la lucha de clases, puede sólo a partir de la Comuna de París (1871) comenzar lentamente a constituir sus bases programáticas para una formulación rigurosa de las leyes de la lucha de clases de la revolución proletaria, pues la utopía revolucionaria inicia a partir de ese momento el ascenso hacia su crisis: la revolución proletaria comenzó a ser realidad, ¡el "asalto al cielo" era posible!

Pero la derrota casi inmediata de los revolucionarios de la Comuna de París sirvió inicialmente, como siempre, para que la "crítica" y la "utopía" asumieran respectivamente los términos del "derrotismo" y de la "capitulación". Marx y Engels son quienes enfrentan el derrotismo y la capitulación intentando convertir la derrota de los revolucionarios franceses en un avance de la teoría revolucionaria, la teoría de la lucha de clases. Pero este esfuerzo no logró afianzarse y avanzar sino a partir de las nuevas condiciones y experiencias generadas por el proceso revolucionario de 1905 a 1917 en Rusia. Es Lenin quien retorna las reflexiones realizadas por Marx y Engels acerca de las experiencias de la Comuna de París y lo hace, no podía ser de otra manera, a partir de las condiciones que las luchas sociales y políticas crean en el periodo de 1905 a 1917.

Su inicio también tiene una fecha de derrota (1905), y también ante ella se produce un clima de capitulación y derrotismo. En forma casi análoga se producen las mismas reflexiones y discusiones que en el pasado había suscitado la Comuna de París; las polémicas entre Lenin y Plejánov acerca de la evaluación de los procesos revolucionarios de 1905 desentierran las reflexiones de Marx y Engels sobre el proceso de la Comuna y las actualizan ante las fracciones capitulacionistas, las cuales hubieran deseado profundamente que no se hubieran producido hechos tales como la Comuna y las experiencias de los soviets en 1905, pues ambas habían sido derrotadas. A unos la historia real les molestaba; en cambio, a los otros la reflexión sobre la misma los agigantaba.

Tanto la experiencia de la Comuna de París como los procesos de 1905 en Rusia, nos refieren a la imagen de una "insurrección armada" del pueblo; tanto en un caso como en otro, Marx y Lenin, aconsejaron *antes* de la insurrección: "debemos aconsejar al proletariado (como lo hizo Marx en 1871 previendo el inevitable fracaso de la insurrección de París) que no se lance a ninguna insurrección, sino que espere a estar organizado" (Lenin). Pero, *después* de la insurrección:

si Marx, que seis meses antes de la Comuna declaró que la insurrección sería una locura, supo, no obstante, apreciar esa "locura" como el más grandioso movimiento de masas del proletariado del siglo XIX, los socialdemócratas rusos deben con mil veces más razón llevar ahora a las masas la convicción de que la lucha de diciembre [1905] fue el movimiento proletario más necesario, más legítimo y más grande, después de la Comuna. [Lenin.]

Se había *demostrado* en la práctica que el "pueblo en armas", aun a riesgo de ser derrotado, debe intentar –y puede lograr– tomar el poder. Pero su demostración carecía aún de su incorporación rigurosa a la teoría de la lucha de clases; al mismo tiempo que el prerrequisito de la insurrección, el "pueblo en armas" quedaba librado a un acto de "oportunidad" y "audacia" a partir de iniciativas y situaciones aparentemente creadas por la burguesía.

Tanto la Comuna como las experiencias rusas, de 1905 a 1917, señalaron la necesidad de que la teoría de la revolución proletaria se ampliara y enriqueciera, incorporando una reflexión postergada acerca de las formas que así unían las luchas sociales y políticas y su incidencia en el discurso teórico de la lucha de clases: era impostergable una mirada crítica a la teoría del poder, del Estado y de la guerra.

La guerra había dejado de ser ajena a los intereses del proletariado: era necesario comenzar su análisis a partir de una perspectiva y de un discurso teórico diferente, distinto al que hasta ese momento había sido dominante y hegemónico; incorporarla a la perspectiva de la teoría de la lucha de clases, no como una "sumatoria" anexada a partir de un "determinado momento", sino en la necesaria reformulación crítica de lo que hasta ese momento era la "teoría de la guerra" y de la "lucha de clases". Era obvio que ese proceso había comenzado en la realidad histórica pero carecía –y aún hoy– de una toma de conciencia del mismo: la realidad ya se había *mostrado* más rica que la teoría. Sin embargo, la necesidad de esa reflexión fue postergada: el torrente de nuevos problemas y desafíos que las revoluciones triunfantes generaron, desplazó su oportunidad y prioridad.

Los problemas que debía enfrentar la insurrección armada –en particular acerca del momento de la insurrección y su posterior ejecución– se constituyeron en el núcleo y centro de la reflexión revolucionaria. Inadvertidamente, se limitó y fragmentó la incorporación de los elementos originales de las nuevas experiencias -en su lectura y posterior reflexión- a la perspectiva de la teoría de la lucha de clases. Tanto el triunfo revolucionario de 1917, como la Comuna de 1871, si bien alertaban sobre el proceso de la "insurrección armada", mantenían un presupuesto implícito y nebuloso: el "pueblo en armas" lo había sido como consecuencia de un requerimiento de la lucha política entre los Estados de la burguesía. Las dos experiencias se habían desarrollado, fundamentalmente, a partir de condiciones de guerra entre Estados nacionales: el "pueblo armado" había sido una de sus consecuencias.

La Comuna y el Soviet (1917) demostraban la posibilidad de producir una crisis en la relación del soldado con "su" ciudadanía; las relaciones de dominio burguesas que la "nacionalidad" otorgaba a través de la "ciudadanía" entraban en crisis cuando se liberaba el carácter social de los soldados. La fuerza armada de la burguesía, la organización burocrático-militar del ciudadano-soldado, era cortada transversalmente cuando se profundizaba el desarrollo de la lucha de clases en los periodos de guerra. La sublevación se confundía con la insurrección.

La crisis de las relaciones políticas de los soldados y la liberación, la emergencia, de su carácter social (campesino, asalariado) era posible. Pero su constitución de "hombre armado" permanecía aún en el territorio social de la iniciativa, de los intereses, de la dominación burguesa. Era la burguesía quien había armado a los hombres de otras clases para la defensa de sus intereses y de las relaciones burguesas. Quedaba por resolver si era posible constituir una fuerza armada a partir de la iniciativa e intereses de las clases desposeídas.

En el caso de la Comuna, la decisión revolucionaria había comenzado a partir del intento de desarme por parte de la burguesía de las fuerzas populares que habían defendido el territorio francés de la invasión extranjera. Fue la respuesta a ese intento de desarme lo que dio comienzo al proceso político social de la Comuna de París: la burguesía intentó eliminar al "soldado" del vínculo que el "patriota" había establecido entre "soldado" y "ciudadano"; los "patriotas" respondieron con la disolución de su ciudadanía y, manteniendo su carácter de soldado, se asumieron como "comuneros". La burguesía comienza, a partir de 1871, a saber –al margen del grado de claridad– que el carácter social de "su masa armada" es un detonante tremendamente peligroso en determinadas condiciones políticas y sociales: se siente convocada al análisis de la guerra desde una perspectiva diferente a la que hasta ese momento tenía.

A partir de 1871 ya no es teóricamente sostenible una teoría de la guerra, de las "leyes de la guerra", que soslaye la teoría de la lucha de clases; y, a su vez, se vuelve imprescindible y urgente enriquecer la teoría de la lucha de clases con respecto al estudio de las *leyes* de la guerra en relación a las *leyes* de la lucha de clases.

La guerra entre los Estados-nación de la burguesía debía ser leída como consecuencia del desarrollo de la lucha de clases en el sistema capitalista; las "iniciativas" de las burguesías de "armar a los ciudadanos" debían ser analizadas sin marginar ni soslayar el desarrollo de la lucha de clases en los diferentes territorios del dominio de las burguesías. Para los revolucionarios, el "pueblo armado" debía dejar de ser, de mantener como apariencia, una tarea librada al desarrollo de la iniciativa de la lucha política de la burguesía. Pero todas estas tareas, exigían una reflexión que sólo fragmentariamente fue realizada; en realidad, la verdad es más humilde: fue muy poco lo que el desarrollo teórico de los revolucionarios avanzó respecto al mayor conocimiento de las leyes de la lucha de clases. Quienes "tomaron las armas", o se preparaban para ello, difícilmente podían en su inicio fundar rigurosamente su decisión, y quienes se oponían a ellos lo hacían esgrimiendo una supuesta "teoría" que nada específico decía al respecto, pero a la cual se hacía *hablar* en nombre de una experiencia *acumulada* (!?); estos teóricos creaban las condiciones para que todas aquellas tareas que estuvieran vinculadas al carácter armado de las luchas pasaran a instalarse en un discurso de dudosa legitimidad revolucionaria. Cada vez más las "tareas de las armas" pasaron a ser un ejercicio cuya corrección sólo podía demostrarse post-facto: sí su éxito se expresaba inmediatamente. La apariencia del "ensayo y error" – cuando no la tozudez– se impuso como la mejor descripción de lo que sería el "método" de esas "aventuras"; desplazando el lugar que debía ocupar la explicitación de una reflexión rigurosa articulada al desarrollo anterior de la teoría revolucionaria.

Este "vaciamiento teórico" con el cual se intentó aislar permanentemente a las tareas revolucionarias no logró impedir la marcha ascendente del proceso: China, Argelia, Cuba, Vietnam, Angola, Camboya ... y ahora Nicaragua dan testimonio de ello.

Los hechos fueron señalando que el "pueblo en armas" había dejado de ser un producto de la iniciativa burguesa en la lucha de clases, para transformarse en un instrumento de la perspectiva estratégica de las clases desposeídas. El fantasma de la guerra con que las clases dominantes aterrorizaron y sojuzgaron a las clases desposeídas comenzó a ser desmistificado: la guerra era la forma inequívoca que tomaba la lucha de clases en un momento de crisis de dominación.

Pero, por supuesto, el atraso que la teoría tomó en relación a ese proceso ascendente se hizo mayor y

los costos sociales y políticos que los movimientos revolucionarios pagaron por ese déficit teórico, en los inicios y a lo largo de su marcha, fue tremendo. Ante los grandes triunfos, el resultado borra mucho de lo que es el recuerdo amargo de los inicios, del aislamiento de los primeros momentos, de las derrotas parciales –y que en su momento parecieron totales– que sólo muy lentamente lograron recuperarse: pocas veces se hace el recuento de las marchas que se iniciaron y nunca llegaron a su fin. De todas maneras se hizo evidente el proceso de objetivación acerca de la necesidad de un mayor conocimiento de la relación existente entre las formas que puede tomar la lucha de clases y la emergencia de una fuerza política con capacidad de expresarse no sólo como fuerza moral sino material. La convicción de la necesidad de constituir una *mirada estratégica* sobre el proceso de la lucha de clases y distinguir con claridad las diferencias y las relaciones existentes entre los enfrentamientos de carácter táctico y los estratégicos, también se volvió imprescindible.

La lucha de clases –como realidad y como teoría– alertaba sobre el carácter permanente del enfrentamiento social: que no hay poder sin enfrentamiento. La imagen dicotómica de la sociedad, reduciéndola a las relaciones entre "dominadores" y "dominados" (así como la dicotomía de la guerra y la paz) nos falsea, nos encubre, el combate cotidiano. La "violencia" de la que nos habla públicamente y con énfasis la burguesía es casi siempre aquella que expresa el enfrentamiento de los desposeídos y por ello la categoriza como "delito"; la otra, en cambio, recibe los elogios de una categorización benevolente y cómplice, la *justicia*. En la perspectiva de los intereses de la burguesía, la lucha de clases es remplazada por la imagen de una lucha –¡también permanente!– entre el *delito* y la *justicia*; y es conveniente señalar que no es lo policiaco (lo carcelario, disciplinario o represivo) el modelo sustantivo de ese combate, sino la concepción de la guerra. La burguesía ha ido asumiendo inescrupulosamente la certeza de "su" guerra permanente contra el delito; ha ido haciendo crisis su criterio "policiaco" en relación al delito (etapa en que el capital industrial era dominante en el sistema) para subordinar ese criterio al del orden y la jerarquía de la guerra. Ahora distingue la necesidad de contar en esa lucha con una concepción estratégica de la misma y no reducirse a la consecución de erráticos éxitos tácticos de una cacería policial.

La burguesía se comporta como una clase propietaria –dominante– de un territorio social y no sólo material, lo cual puede objetivarse cuando se analizan las aportaciones tecnológicas de sus estrategias político-militares. La *estrategia* y la *táctica* se vuelven los operadores básicos de toda reflexión sobre la lucha de clases –ya sea en la perspectiva de la decisión de la burguesía, como de la reflexión revolucionaria– en particular sobre toda posibilidad de periodización de los enfrentamientos. Ambas

categorías –la estrategia y la táctica– nacieron como consecuencia de la necesidad de objetivar las relaciones y las operaciones que se producían en los enfrentamientos armados entre las fuerzas sociales de las clases dominantes; esas categorías nos indicaban las relaciones de fuerza existentes en relación a los diferentes niveles de enfrentamientos entre fuerzas sociales. La guerra –la lucha social en la perspectiva de la burguesía– presupone la búsqueda del aniquilamiento de la fuerza moral y material del enemigo; el *encuentro* –la decisión por las armas– se constituye en el eje sustantivo del ordenamiento social de la guerra. La estrategia y la táctica están necesariamente subordinadas al encuentro.

Pero ¿cuándo comienza la guerra en la perspectiva burguesa? ¿Cuándo es que considera necesario imponer la decisión por las armas?

Clausewitz es elocuente al respecto:

si pensamos cómo surge la guerra, veremos que la concepción de la guerra no surge con la ofensiva, porque ésta tiene como objetivo absoluto, no tanto el combate sino *tomar posesión de algo*. La guerra surge primero con la defensa, porque ésta tiene como objeto directo el combate, ya que la acción de detener el golpe y el combate son, evidentemente, una misma cosa. Detener el golpe es una acción dirigida por entero contra el ataque y, por lo tanto, lo presupone necesariamente; pero el ataque no está dirigido contra la acción de detener el golpe, sino hacia otra cosa: *la posesión de algo* y, en consecuencia, no presupone a la primera. Por consiguiente es natural que quien haga entrar en acción primero el elemento de la guerra, quien desde su punto de vista sea el que primero concibe dos bandos opuestos, establecerá también las primeras leyes para la guerra, y es natural que lo sea el defensor.

Es la conciencia de clase poseedora que la burguesía tiene de sí misma –como expresión de su ser social– la que la lleva permanentemente a "sentirse" atacada ante cada intento de conquista o recuperación social y política de los sectores desposeídos.

La burguesía considera un delito, una apropiación indebida, todo intento de los expropiados reales por recuperar parte de lo que históricamente han constituido o de lo que socialmente son. De ahí su vocación de clase propietaria –dominante– de hacer la guerra ante cualquier intento de los sectores desposeídos por establecer la continuidad de sus luchas sociales y políticas. La guerra es para la burguesía la otra cara del proceso de acumulación capitalista, en la que la crisis de acumulación es

mediatizada por esa capacidad de "potencia económica" que Marx otorgaba a la violencia en el capitalismo.

I

La presencia de fuerzas armadas en el movimiento de masas hacia mayo de 1973 era innegable; así como también fue una realidad, no totalmente visualizada, el avance de una estrategia del enemigo cuyo fin era lograr el desarme político y militar del movimiento de masas.

Mayo de 1973 contiene un doble proceso: es punto de llegada de algo que se había manifestado en el "Cordobazo" (1969); y es punto de partida de un nuevo ciclo en el proceso de las luchas sociales.

El "Cordobazo" señaló algo que, hasta ese momento, había pasado inadvertido para la enorme mayoría del país: el proceso de formación y acumulación de una fuerza de enfrentamiento en los sectores populares capaz de sobrepasar las fuerzas represivas convencionales del Estado.¹

Se trató esencialmente de una fuerza de masas cuya capacidad destructiva –de las líneas represivas de las fuerzas policiales– estuvo centrada en la convicción de que la continuidad de su lucha era justa: en su armamento moral.

Esa fuerza de masas, armada moralmente, había puesto en duda el monopolio estatal de la fuerza material.

Desde ese momento el poder de la burguesía ahondó su desnudez y apeló a la ocupación militar –por una fuerza de guerra– del territorio, para restablecer su monopolio de los instrumentos de destrucción material.

El uso policial de fuerzas de guerra fue suficiente para lograr el repliegue del movimiento de masas. La fijación de zonas de seguridad en los territorios de conflicto, fue suficiente para contener la fuerza de enfrentamiento de las masas populares. Como contrapartida, el enemigo quedó aislado en su espacio social.²

En el periodo comprendido por el "Cordobazo" y los movimientos de protesta social que se fueron desencadenando hasta 1971, comenzó a manifestarse un estado de ánimo en los sectores populares que revelaba la necesidad de contar con una fuerza capaz de asumir las nuevas condiciones del enfrentamiento social.

Se inició un lento, pero sostenido, proceso de formación y acumulación de nuevas fuerzas en los sectores populares; la continuidad de las luchas exigía una fuerza no sólo moral sino material como

único recurso para mantener la continuidad de sus movilizaciones, para lo cual se debía sobrepasar a las fuerzas de seguridad del Estado.

Para el enemigo, personificado esta vez en las fuerzas de seguridad, la necesidad de lograr imprescindiblemente el desarme moral de las fuerzas populares se constituyó en una meta prioritaria al logro de su desarme material. Para ello, elaboró una política cuya estrategia militar estaba centrada en el desarme político de las fuerzas populares; su significación total pasó prácticamente inadvertida durante todo el proceso. Comenzó por un lento repliegue político y una tendencia hacia el acuartelamiento de sus fuerzas armadas.³

El "abandono" de los aparatos políticos del Estado creó una falsa imagen de "neutralización" de las fuerzas armadas en los procesos que comenzaron a desarrollarse a partir de mayo de 1973.

Restablecer el monopolio del uso de la fuerza armada en los aparatos del Estado fue una tarea que asumió con urgencia la política centrada en Juan Domingo Perón; se obstaculizó y reprimió todo intento de mantenimiento y desarrollo de un armamento en las fuerzas populares, en nombre de la presencia de un gobierno popular en la dirección de los aparatos del Estado.

Esta decisión involucraba una abierta contradicción con lo que ya constituía y formaba parte de la mayoría del movimiento popular y que era producto de experiencias acumuladas por sus luchas a lo largo de casi dos décadas de proscripciones políticas: la convicción de que el monopolio estatal de la fuerza material sólo había servido a los intereses y estrategias de la burguesía. Por supuesto que no se trataba de una convicción que involucrase una sola respuesta como alternativa, pues había quienes mantenían también una honda convicción acerca de la posibilidad de "escindir" y "fragmentar" ese monopolio mediante la fractura política de los cuadros armados profesionales del Estado.⁴

Cada fracción social del movimiento popular –cualesquiera fuera su alineamiento político o ideológico partidario– irá asumiendo y definiendo progresivamente la conciencia de que la viabilidad de una lucha política dependía necesariamente de la existencia de una estrategia político-militar. Las condiciones de las luchas sociales y políticas eran éstas: de lucha armada.

En la práctica, toda política que intentara el desarme se expresaba directa o inmediatamente como política armada y formaba parte, en realidad, de las condiciones generales en que se desarrollaban las luchas sociales y políticas del periodo.

El "desarme" era, en definitiva, un alineamiento armado más –la presión sustantiva de la burguesía en ese periodo– dentro del proceso general en que transitaba el ciclo de la lucha de clases, su momento político-militar.

¿De qué otra manera comprender los valores que asumieron los hechos armados durante todo el proceso constitucional, que comenzó en mayo de 1973 y terminó –¡de qué manera! – en marzo de 1976?

Cuadro 1

CANTIDAD DE HECHOS ARMADOS OCURRIDOS DURANTE EL PERIODO V-73 A III-76
(FRECUENCIAS Y PORCENTAJES EN CADA AÑO)

	(n)	%
Primer año	1 760	20.7
Segundo año	2 425	28.5
Tercer año	4 324	50.8
Total de hechos armados	8 509	100

FUENTE: Diario *La Razón*, 5a. edición, Buenos Aires, Argentina, del 25-V-73 al 24-III-76 inclusive.

Esta fuente es constatare para todos los cuadros.⁵

Había quienes –quizá aún hoy– intentaron explicar el proceso, sobre todo en los primeros momentos del periodo, como la "lógica consecuencia de las luchas del pasado". Pero las cifras son terminantes: nos encontramos con un proceso en que los hechos armados tienen una definida tendencia hacia su acumulación y crecimiento. Por otra parte, no debemos olvidar que su punto de "arranque" está constituido nada menos que por hechos tales como los sucedidos en el "devotazo" y en "Ezeiza": la liberación de los combatientes del periodo anterior en un caso, y las nuevas condiciones en que se desarrollará la lucha por la conducción del movimiento popular, en el otro. Un verdadero tramo de inflexión en el carácter que mantendrán las luchas sociales y políticas del periodo constitucional, en relación al periodo de la dictadura militar que comenzara en 1966 con Onganía.⁶

Tramo de inflexión porque, a diferencia del periodo en que el poder de la burguesía se expresaba fundamental y esencialmente concentrado en el Estado, en la coacción permanente de sus diferentes aparatos burocráticos sobre la enorme mayoría de las clases populares, mediante el uso abierto de la fuerza, en el periodo constitucional que comienza aflora –encubierto hasta ese momento por la contradicción fundamental anteriormente señalada, entre el "pueblo" y el Estado– definitivamente y en forma creciente el carácter real de las luchas sociales: su carácter clasista a lo largo de todas las expresiones de la sociedad y, en particular, en sus enfrentamientos. De tal modo, en la frontalidad que

implican los diferentes intereses sociales es que toma lugar la lucha armada; por supuesto, sagaz y hábilmente encubierta por la capacidad dominante que aún mantenían, y mantienen, las formaciones ideológicas de la burguesía en los sectores populares. Pero es ante la incipiente crisis embrionaria de esa hegemonía ideológica que el proceso de los hechos armados toma una celeridad, y un dramatismo, que hacen comprensible su intensidad en manos del enemigo.

Las condiciones objetivas materiales para la crisis ideológica embrionaria de la conciencia burguesa que anidaba en los sectores populares, habían sido lentamente establecidas a lo largo de casi veinte años de luchas populares. Cada fracción social del movimiento popular se había ido incorporando a las luchas, al tiempo que desgarraba en parte su relación con la burguesía; ese "desgarre" tenía un precio inequívoco en su conciencia burguesa: la legalidad, el uso legal de la fuerza, no sólo era discutible en la reflexión, sino que también era susceptible de ser combatida en la acción. No sólo se había observado que la razón de la fuerza no contaba con la fuerza de la razón en el campo de la dominación burguesa, sino que también las razones se discutían con la fuerza, invariablemente.

El monopolio estatal de la fuerza –atributo de la dominación burguesa– era discutido; la fuerza de su razón dependía también de su acción y razón popular en oposición a su razón burguesa.

Este proceso de democratización de la fuerza que comenzara oscuramente en mayo de 1969, había tomado hacia mayo de 73 una envergadura tal que no había podido ser desarmada aún con la masacre de Trelew,⁷ y mucho menos –aunque más eficiencia que Trelew– con la "democratización" tica que implicó la convocatoria electoral en 1973. No ante recuperó importantes territorios sociales en el campo popular a partir del triunfo electoral de J.D. Perón y sus meses de gobierno-desarme. La matanza de Trelew había mostrado la cara más vergonzante de la dominación burguesa contradictoria y difícil de defender por parte de una burguesía que permanentemente "deploraba" los hechos de sangre atribuyéndolos a los sectores populares; había sido, sin embargo, en cierto modo, una premonición, la actualización del viejo axioma del campo revolucionario: "la burguesía tiene ante nada" (que amenace su dominación). En cambio, la institucionalidad burguesa en manos de un m político de carácter popular –como lo era el peronismo triunfante conjuntamente con un amplio frente democrático– mantenía la capacidad de una falsa complicidad que obstaculizaba y detenía el inicio de la crisis ideológica de los sectores populares.

Pero ¿cuáles fueron las imágenes, los argumentos utilizados y manipulados que constituyeron una complicidad involuntaria con el enemigo y que le otorgaría al mismo ventaja estratégica considerable?

"Reprimidos" y "represores" formarían los polos amplio exceso: los delincuentes subversivos que

llegan al asesinato sin razón; las fuerzas legales que reprimen sin limitación.

Consciente o inconscientemente, los bandos en pugna asumirían una complicidad: la figura de un "delito" y el exceso de su contrapartida constituyeron el núcleo procesual ideológico que entorpeció la percepción y el análisis de los hechos por parte de importantes sectores del campo popular. Con el enemigo logró un avance estratégico en el desarme moral y político de los sectores populares.⁸

En imagen el "delito" y el "castigo" enturbian quién muere y cómo lo hace; presuponen una contabilidad sin sujeto, cesaría y adversa por definición.

La conciencia burguesa –personificada alternativa y erráticamente por el presidente popular o por los comandantes Jefe de las Fuerzas Armadas del Estado– señalaba los hechos armados y les atribuía un contenido indiscutible: "los delincuentes subversivos matan [...] nosotros reprimimos".

La conciencia burguesa recuperaba territorios en el campo popular; las frescas convicciones se volvían insostenibles en particular en aquellas fracciones sociales que más tardíamente habían sufrido y aprendido de la fuerza del enemigo, de sus matanzas, de sus arbitrariedades; y por supuesto, se fortalecían enormemente las fracciones ideológicamente burguesas de las clases populares, pues para dichas fracciones era un ariete sustantivo en la lucha por la conducción del movimiento de masas.

El enemigo avanzaba con decisión y mostraba cifras, al tiempo que se tornaba francamente democrático con la libertad de prensa y dejaba que el periodismo profesional publicitara la avalancha de hechos armados; aunque no cuando las informaciones intentaban ser o eran propaladas directamente por las organizaciones armadas consideradas subversivas.

En realidad las "cifras" y las "proposiciones" son armas del enemigo en esa lucha y en ese periodo; el enemigo asume con claridad su lugar en la lucha por la conducción del movimiento de masas, mantiene y desarrolla una estrategia político- militar en un periodo que, desde su perspectiva, se inscribe en la defensa estratégica de su dominación burguesa.

Nos proporcionó animosamente los hechos, pero desagregados, atomizados, desarticulados; pues él se encargó de construir las imágenes que le otorgaron sentido. Los puso al alcance de todos –¡su actitud democrática parecía no tener límites! – pero, simultáneamente, con –¡y quién puede dudar de su derecho! – su interpretación, magnitudes y categorías, en un enunciado cuya universalidad no deja lugar a dudas. (Véase cuadro 2.)

El enemigo muestra y reitera a partir de la fuerza de los hechos, sus enunciados, sus proposiciones hasta lograr sembrar la convicción de su verdad más allá de sus propios territorios sociales e ideológicos:*

"la gran mayoría de los hechos que producen las fuerzas subversivas son hechos con muertos y heridos";

"en cambio, las fuerzas legales concentran la gran mayoría de sus hechos armados deteniendo y no matando".

De una manera u otra, los contenidos de las proposiciones, empíricamente establecidas, se deslizaron y penetraron en cuanta brecha y fractura encontraron en las fuerzas populares. Las cifras eran verdaderas, imponían respeto por ser productos de la realidad, de un proceso "público", fotografiado, televisado, publicado... medido.

Cuadro 2

CANTIDAD DE HECHOS ARMADOS QUE PRODUCEN BAJAS (MUERTOS, HERIDOS Y DETENIDOS), SEGÚN SEAN PRODUCIDOS POR ACCIONES "SUBVERSIVAS" O POR ACCIONES "ANTISUBVERSIVAS". PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

	<i>Total de hechos con bajas producidos por la acción subversiva</i>		<i>Total de hechos con bajas producidos por la acción antisubversiva</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Total de hechos armados que producen muertos y heridos	624	75.5	639	30.2
Total de hechos armados que producen detenidos	203	24.5	1479	69.8
Total de hechos armados en que se producen bajas	827	100	2118	100

Esas proposiciones no fueron enfrentadas por los sectores revolucionarios; apeló –en el mejor de los casos– a las propias convicciones para depreciadas, pero no para atacarlas. Así, el enemigo distrajo a importantes fracciones que no contaban con tan hondas convicciones; fracciones que logró desarmar política e ideológicamente, hasta lograr distanciadas y neutralizadas de las luchas políticas y sociales.

Sin embargo, había la posibilidad de un combate, necesario, del cual no era posible desligarse, porque también la lucha se establece en esas condiciones, y aún hoy se mantiene.

Allí están las cifras, debemos recuperar las dudas, volver sobre los hechos, poner a prueba otras verdades. ¿Es posible otra lectura? ¿Los hechos la permiten?

Veamos, retornemos los señalamientos y argumentos que realizó y, aún hoy, mantiene el enemigo, los cuales en gran medida constituyen el contenido de muchos de los razonamientos de importantes sectores de la pequeña burguesía progresista y radicalizada que mantienen un silencio vergonzante y cómplice con el enemigo.

El enemigo "recorta", del conjunto total de hechos armados sucedidos en el periodo constitucional, aquellos en que específicamente se produce algún tipo de baja; precisamente, para ser más específico en sus afirmaciones, más directo y para que no queden dudas acerca de la realidad y el comportamiento de los delincuentes subversivos.

Pero, si lo que interesa es caracterizar a los delincuentes, al delito, a la subversión, ¿por qué no asumir el conjunto total de los hechos armados y retomar el camino que condujo a las conclusiones del enemigo? Abandonemos su mano, y usemos las nuestras.

Tomemos el conjunto total de los hechos armados registrados en la prensa y que son objetivamente el punto de partida y llegada de todos los razonamientos; asumamos inicialmente las propias dimensiones y categorías que el enemigo acostumbra instrumentar para sus argumentaciones. (Véase cuadro 3.)

Cuadro 3

TOTAL DE HECHOS ARMADOS PRODUCIDOS EN EL PERIODO DE MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976, DISTINGUIÉNDOLOS SEGÚN PRODUZCAN BAJAS O NO

	<i>Hechos armados que producen bajas</i>		<i>Hechos armados que no producen bajas</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Total de hechos armados producidos por la acción "subversiva"	827	28.1	4 538	81.8
Total de hechos armados producidos por la acción "antisubversiva"	2 118	71.9	1 009	18.2
Total de hechos	2 945	100	5 547*	100

* Faltan 17 casos sobre los que no se registra información completa.

¿Cómo puede ponerse en duda que la gran mayoría (71.9%) de los hechos armados en que se producen bajas son responsabilidad del enemigo? Es más, ¿cómo dudar que la gran mayoría (81.8%) de los hechos armados en que no se producen bajas son responsabilidad de las acciones subversivas?

¿Qué ha pasado, cómo se ha producido esta inversión, esta "subversión" de los señalamientos, de las proposiciones, de las cifras, hasta el límite de llegar a constituir en su primera apariencia el polo opuesto de los señalamientos del enemigo?

¿Se trata de una particular magia de las cifras y sus números? ¿Tienen ellos un movimiento propio y se acomodan, y reubican, según quién los manipule?

En parte es verdad; las cifras pueden ser distorsionadas en su significación en la medida en que, al ser manipuladas, ciertas operaciones se realizan sin que hayan sido previamente evaluadas en sus proposiciones e implicaciones, ni analizados los compromisos que se contraen a partir de ellas. Los hechos a que hace referencia inicialmente el enemigo son reales y verdaderas sus proposiciones, tanto como las últimas que hemos proporcionado. La sensación de contradicción que podemos "sufrir" entre un sistema proposicional y otro, se debe fundamentalmente a la confusión que se produce al no aclarar cuál es el contexto, el conjunto de realidad que se asume para el análisis y en consecuencia para sus señalamientos resultantes.

El contexto que toma el enemigo para sus argumentaciones lleva implícito un "recorte" del conjunto total de hechos armados; construye sus proposiciones sólo haciendo referencia al conjunto de los hechos armados que producen bajas; al resto del total de los hechos (65.4 %) no los considera. Es decir, las condiciones de la "verdad" del enemigo se restringen sólo al 34.6% de los hechos armados; para la mayoría de los hechos armados dejan de tener validez sus "verdades".

Pero, justamente, el oscurecimiento de esa porción de la realidad constituye una táctica tradicional en las argumentaciones del enemigo; su interés en el manejo de la realidad y sus cifras no está centrado en una vocación de saber, sino de poder. Un poder que permanentemente debe apelar a un violentamiento de la realidad para formarse y realizarse.

Nuestro enemigo es racional; también él conoce las reglas –las ha aprendido en el carácter profesional del uso de la fuerza– y es sensato; comprende, intenta recuperarse, apela a la reflexión y se encuentra con su moral. Insiste y reitera sus proposiciones, intenta bloquearnos en una moral "compartida", al tiempo que también nos sugiere tener presentes las "leyes de la guerra", y nos dice: "lo sustantivo son los hechos de sangre, por eso hemos considerado esencialmente los hechos armados en

que se producen bajas [...]"

Implícitamente retoma sus proposiciones iniciales, no las cambia sino que las defiende; fundamenta su recorte de la realidad en una actitud moral que reclama como válida: la repugnancia a los hechos de sangre. Los jerarquiza, los valora; por eso sus "recortes".

El cinismo tiene su encanto, pero también sus limitaciones.

Es cierto, a nuestro enemigo le interesa sobremanera enfatizar el carácter dramático, su rechazo a la sangre, a la "muerte" y su "cortejo", al delito sangriento de los hechos armados que realiza el delincuente subversivo. Pero si en realidad sus razones son morales, si su lucha es por la "vida" en oposición al bando de la "muerte", justo le sería reconocer que le cabe una responsabilidad que debiera compartir. Retomemos y recortemos momentáneamente esa totalidad "inmoral", y observemos sólo los hechos de sangre que "moralizan" a nuestro enemigo.

Cuadro 4

CANTIDAD DE HECHOS ARMADOS EN QUE SE PRODUCEN MUERTOS Y HERIDOS

	(n)	%
Hechos producidos por acciones subversivas	624	49.4
Hechos producidos por acciones antisubversivas	639	50.6
Total de hechos	1 263	100

Los hechos armados en que se producen muertos y heridos se distribuyen prácticamente en partes iguales entre los dos bandos (no nos haremos fuertes con ese 1.2% que otorga una "mayoría" a las acciones antisubversivas).

La "muerte", los muertos reales y sus heridos, no son un atributo exclusivo de la lucha armada de los "delincuentes subversivos", de sus hechos armados; pertenecen a un ámbito mayor, cuya circularidad encierra –a pesar de su "defensa de la vida"– al enemigo en una razón difícil de sostener. Su responsabilidad ante los muertos no puede ser soslayada en una mirada de falso clínico, debe ser asumida.

Lo hace y, con la destreza que caracteriza a un profesional de la guerra, de la muerte, continúa en su argumentación: "la lucha contra la delincuencia subversiva impone enfrentamientos sangrientos, dadas

las resistencias que opone el delincuente [...]", "es el costo inevitable de la lucha [...]"

Con un gesto castrado, más que castrense, retoma sus debilitadas proposiciones para advertimos acerca de la inevitable relación entre enfrentamiento y las bajas de sangre. Incorpora una nueva dimensión al análisis, el "enfrentamiento"; esa dimensión otorga una razón posible y justificatoria a sus hechos armados. Se trataría de una dimensión inexcusable, cuyo espacio es inherente a las leyes de la lucha armada, consecuencia de la resistencia armada que opone la delincuencia subversiva. Los muertos, los heridos, son el costo del enfrentamiento armado. La responsabilidad recae sobre quienes ofrecen resistencia, sobre quienes crean las condiciones de un enfrentamiento armado, sobre quienes ...

Pero detengámonos un momento, y aceptemos también en nuestro análisis la dimensión propuesta: el enfrentamiento. Veamos cómo ordena el sentido de los hechos armados; veamos de qué manera el enemigo puede ser restaurado en su respetabilidad profesional. Respetemos los fundamentos de sus argumentaciones.

Cuadro 5

TOTAL DE HECHOS ARMADOS EN QUE SE PRODUCEN BAJAS (MUERTOS Y HERIDOS). PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

		(n)	%
Hechos armados		332	26.3
producidos con enfrentamientos			
Hechos armados		931	73.7
producidos sin enfrentamientos			
Total de hechos		1 263	100

Nuevamente se ha producido el desarme del enemigo. Bastó ser consecuente con sus propias sugerencias para lograrlo.

¡La gran mayoría de los hechos armados en que se producen bajas con muertos y heridos no son resultado de enfrentamientos!

Las bajas no son una consecuencia inexorable del enfrentamiento armado; la imagen que afirma una relación necesaria entre enfrentamiento s, muertos y heridos, es falsa. La resistencia que opone la

delincuencia subversiva a su enemigo no tiene la capacidad de explicar la gran mayoría de los hechos armados que producen esas bajas.

Cuadro 6

TOTAL DE HECHOS ARMADOS EN QUE SE PRODUCEN MUERTOS Y HERIDOS. SEGÚN SE HAYAN PRODUCIDO CON O SIN ENFRENTAMIENTO.
PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

		<i>Hechos armados con</i>		<i>Hechos armados sin</i>	
		<i>enfrentamiento</i>		<i>enfrentamiento</i>	
		<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Hechos armados	armados	159	47.9	465	49.9
producidos por acciones					
subversivas					
Hechos armados	armados	173	52.1	466	50.1
producidos por acciones					
antisubversivas					
Total de hechos		332	100	931	100

No existe, pues, una relación necesaria entre bajas y enfrentamiento; sólo la hay en la imaginaria de terrorista ideológico que asume el enemigo en la búsqueda de una moral justificatoria de su acción.⁹

Sin embargo su terrorismo tuvo éxito en importantes sectores de la sociedad argentina que no estaban insertos en su alineamiento y que formaban parte inicialmente de una retaguardia del campo popular, y que lograron ser neutralizados mediante las armas ideológicas que utilizó el enemigo. Ese avance del enemigo se debió fundamental y esencialmente a la debilidad ideológica con que desde un comienzo esos sectores se incorporaron al proceso general de ascenso de masas del periodo; así como también al carácter de "desarme" que puede tener la ausencia en la lucha "teórica", "ideológica", de las fuerzas políticas que constituían las vanguardias armadas del movimiento popular. Fue un espacio que prácticamente quedó sólo transitado por el enemigo o, lo que era peor, por la pequeña burguesía progresista y radicalizada que no lograba compatibilizar su imagen de las luchas populares y las formas que su desarrollo asumía en la realidad. Esa pequeña burguesía había sido entrenada –con mucho y largo costo histórico– para resistir a las "dictaduras militares" con las armas de su "buena conciencia

democrática". Las condiciones y las formas reales que tomaban las luchas sociales desarticulaban todas las esperanzas y sublimaciones políticas construidas en el periodo preconstitucional.

Esas fracciones no alcanzaban a comprender las formas armadas de las luchas; les parecía –en el mejor de los casos– un exceso de su propio campo, una falta de reubicación ante las "nuevas condiciones". La imagen del enemigo se les enturbiaba, les era difícil precisar el perfil que realmente tenía; les era ajeno el proceso de reacomodo de las fuerzas sociales y políticas durante ese tramo de inflexión en la correlación de las clases. El carácter de clase del Estado, del gobierno, del movimiento político popular, del movimiento amplio de las masas, se les entremezclaba sin lograr encontrar una perspectiva posible a partir de la cual decidir sus propias posiciones. Ante su indecisión inicial bastó un franco y específico terrorismo armado contra los cuadros intelectuales y políticos de la pequeña burguesía para que su desarme fuera completo. Quedó abandonada a su propia situación confusa, vacilante y vergonzante de las pasiones revolucionarias de su pasado reciente.

Todas las contradicciones sociales implícitas en las fuerzas que habían transitado a lo largo de los movimientos de protesta social que se desencadenaron desde el "Cordobazo" hasta el triunfo electoral de 1973, irán aflorando con dramatismo como bien lo marcan inicialmente los hechos de Ezeiza.

El uso legal de la fuerza, el monopolio que lo expresaba tradicionalmente, los aparatos armados del Estado, son convocados por diferentes fracciones sociales como las formas necesarias de su momento político-militar; se constituyen progresivamente en el "brazo armado" natural de cada una de ellas, recomponiendo lentamente el poder inicialmente atomizado con que se había originado el periodo de mayo de 1973. Las convocatorias tomaron diferentes formas políticas –según de qué fracción social se tratara– "operativo Dorrego", "navarrazo"; etcétera. 10 Los "profesionales" del uso de la fuerza, la fuerza legal, iban tomando nuevamente su lugar convencional, al mismo tiempo que restituían las condiciones del monopolio tradicional de la fuerza en el Estado.

El enemigo acepta finalmente su responsabilidad, al menos compartida, sobre las bajas de sangre –los muertos y los heridos–, producto no esencialmente de los enfrentamientos sino de las condiciones generales que han ido surgiendo de las luchas sociales y políticas. Pero simultáneamente nos recuerda su carácter institucional: su responsabilidad sobre los muertos y los heridos es consecuencia del uso de una fuerza legal, expresión de la inexcusable acción del Estado. Nos opone "legalidad" a "ilegalidad"; la lucha armada de los sectores subversivos es "ilegal", en cambio su responsabilidad sobre los muertos y los heridos, resultado de sus acciones, es consecuencia de una razón de Estado que expresa el

monopolio necesario en él de la fuerza.

Su fe legalista es difícil de discutir, y mucho más en ese momento en que en la dirección de los asuntos del Estado se encuentran los jefes de un movimiento popular que acaba de triunfar por una sólida mayoría electoral. A pesar de ello, por qué no hacer la prueba; por qué no dudar de la veracidad de sus afirmaciones, de las condiciones de verdad de sus proposiciones. Es posible que se nos reitere una situación ya observada por nosotros acerca de la validez de sus argumentaciones; veamos en qué medida se cumplen, en los hechos armados que realmente sucedieron en ese periodo, sus afirmaciones y su moral legalista en los hechos que produjeron muertos y heridos.

Cuadro 7

TOTAL DE HECHOS ARMADOS PRODUCIDOS POR LAS ACCIONES ANTISUBVERSIVAS, QUE PROVOCAN MUERTOS Y HERIDOS, DISTINGUIENDO SEGÚN SEAN EL RESULTADO DEL USO LEGAL E ILEGAL DE LA FUERZA.

PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

	(n)	%
Hechos producidos por fuerzas legales	244	38.2
Hechos producidos por fuerzas ilegales (acciones parapoliciales, etcétera)	395	61.8
Total de hechos	639	100

Aunque pareciera increíble, nuevamente una falsedad. La mayoría de los hechos armados producidos por las fuerzas del enemigo y que resultan con muertos y heridos, la realizan fuerzas ilegales. Se trata de una ilegalidad contra la cual las fuerzas legales no libran ninguna lucha, pues la consideran "anticuerpo" necesario y natural de la sociedad que la defiende contra los delincuentes subversivos. Por supuesto que esa actitud doctoral, casi farmacéutica, hacia la violencia ilegal de sus propias fuerzas no la expresaron con tanto desparpajo en un comienzo, sino que mantuvieron un silencio ambiguo, durante todo el periodo constitucional. Los jefes de los aparatos armados del Estado mantuvieron una actitud francamente comprensiva y permisiva ante un supuesto "estado de ánimo" de sus cuadros armados que tomaban "justicia" por propia decisión, al margen de la organicidad de sus mandos: ¡qué más lógico

que las expresiones de su sentir político se canalizaran mediante la acción de hechos armados; era responder a su ser social! 11

En las condiciones sociales y políticas en que se encontraba la Argentina en 1973, difícilmente hubiera encontrado campo de legitimidad la acción de las fuerzas legales del aparato armado del Estado. No se trataba de la formalidad del desprestigio, ni del descrédito a que había llegado en el periodo anterior, sino que una generalización de la acción y combatividad de masas había creado una relación de fuerzas que se les tornaba desfavorable intermitentemente, dadas las condiciones de inestabilidad de la unidad política del régimen militar. La burguesía argentina, en esas condiciones de ilegitimidad, no podía implementar en forma abierta –no tenía fuerza de poder– la acción combativa de sus cuadros armados; deben apelar, también ellos, a una política "clandestina" de sus operaciones, pero contando con los recursos de los cuadros profesionales que ejercían el monopolio estatal de la fuerza.¹²

En su lucha contra las movilizaciones populares del periodo, la burguesía gobernante desarrolló una verdadera táctica dual en el uso de sus fuerzas armadas, creando una imagen de "neutralización" de las mismas ante la generalización de una "guerra entre fuerzas armadas irregulares". Esa situación abría el camino a la legitimidad de intervención de las fuerzas armadas del Estado; se legitimaba simultáneamente la ruptura del repliegue táctico que éstas habían establecido al inicio de su defensa estratégica del régimen burgués.

Pero cabe preguntarse en qué medida podía el proceso ser denominado como una "guerra entre irregulares" (en el campo de las organizaciones revolucionarias se hablaba del peligro de caer en una "guerra entre aparatos") y como "neutralización" de las fuerzas armadas del régimen. ¿Era posible que esa fuera la caracterización sustantiva? ¿O quizás se trataba de un proceso que exigía una percepción más prudente y rigurosa?

II

En realidad, diferentes procesos políticos y sociales se hacían presentes en aquel periodo que no podían agruparse indistintamente por el denominador común de "hechos armados".

Cuando el régimen de la dictadura militar (Lanusse, 1972) convocó a un proceso electoral, la gran mayoría de los cuadros armados del campo popular, cualesquiera que fuera su adscripción ideológico-partidaria, evaluaron con amargura la decisión; la consideraban una forma lúcida del enemigo de comenzar el desarme del movimiento de masas. Muy pocos, en ese momento, tuvieron la percepción de

que el proceso de movilización y ascenso de masas tomaría la intensidad que logró de allí en adelante; no sólo no se produjo el desarme sino que se generalizó aún más la lucha armada, no sólo contra el régimen militar sino también como forma de relación entre las fracciones sociales adversas política e ideológicamente.

La lucha armada expresaba el momento que transitaba la lucha de clases, un momento político-militar; y lo expresó en todo el ámbito de las luchas sociales y políticas: la lucha contra el régimen; la lucha contra la burguesía; la lucha por la conducción del movimiento de masas. En todos esos campos de la realidad, en todo el territorio nacional, las masas instrumentaban acciones armadas como manera de mantener la continuidad de las luchas y lograr expresarse como poder. Esos tres campos de lucha se entrecruzaban y mezclaban permanentemente. Sólo en las tendencias que posteriormente van tomando las luchas es posible percibir con más claridad lo que en ese momento era realmente oscurecido por los diferentes alineamientos.

Las armas fueron las mediaciones que utilizaron las fuerzas de los diferentes sectores en pugna; situación a la que se había llegado como consecuencia de que esa era la única expresión real del poder del régimen: la fuerza armada, su único espacio social. Expresaba la magnitud de la crisis de dominación política de la burguesía argentina; su crisis social más importante en toda su historia como clase.¹³

Inicialmente el conjunto de las fuerzas en acción no constituía dos grandes bandos, nítidos y excluyentes; salvo en aquellas situaciones en que la presencia políticamente unificada de la clase obrera imponía los grandes alineamientos en las luchas. Pero justamente para la clase obrera la situación se tornó por momentos tremendamente confusa; el enfrentamiento armado provocado en la concentración más numerosa de su historia, en las cercanías del aeropuerto de Ezeiza, ante el esperado y frustrado regreso de Perón, la encontró políticamente desarmada como para poder definir y embanderarse masivamente con un alineamiento. En su postura expectante, de observadora no comprometida con los bandos en pugna, dio una tregua al enemigo y creó un "destiempo" respecto a los cuadros más combativos del movimiento popular.

Se recuperó más tarde: comenzó por distender la disciplina laboral al mismo tiempo que presionaba por sus salarios, hasta llegar a disentir, incluso, con los desplantes de su caudillo hacia los cuadros más combativos de su movimiento político. Después cobró firmeza y se movilizó sin esperar instrucciones de nadie y otorgó a sus movilizaciones económicas un carácter clasista con su presencia multitudinaria en todo el país.¹⁴

Pero aquel destiempo en relación a la marcha de los cuadros armados del campo popular se había ensanchado enormemente; no como consecuencia del "retraso" de la acción de la clase obrera, sino del aislamiento en que se habían desarrollado las acciones de las organizaciones revolucionarias, ante el sistemático cerco político y militar del enemigo.

La política "clandestina" del enemigo había operado sobre los cuadros que mediaban entre las organizaciones revolucionarias y el movimiento de masas; las bajas que el enemigo causa durante todo el periodo inicial tendrán como meta prioritaria el aislamiento social de la clase obrera y el cerco de las organizaciones revolucionarias. Esta táctica del enemigo no fue comprendida inmediatamente; su percepción estaba obstaculizada por la incertidumbre que provocó el reacomodo de la clase obrera ante las nuevas relaciones de fuerza que se gestaban.

La crisis de la conciencia burguesa dominante en la clase obrera se realizaba al ritmo de sus expresiones directas y no en relación a las acciones de las organizaciones revolucionarias; aunque fueran las consecuencias de tales acciones las que viabilizaran esas crisis.

La lucha por la conducción del movimiento de masas, en los dos grandes frentes de la clase obrera – las organizaciones gremiales y la conducción política del peronismo–, absorbió inicialmente (de mayo de 1973 a abril de 1974) los esfuerzos más sustantivos; las diferentes fracciones políticas pugnarón por controlar los territorios sociales en que la presencia de los sectores populares, y en particular de la clase obrera, era determinante.

Las estrategias y las acciones de las organizaciones revolucionarias se yuxtaponían – revelando muchas veces contradicciones profundas entre sí– en forma equívoca y contradictoria con las de las fracciones sociales y políticas que más tarde habrían de ser fuerzas auxiliares del enemigo. Un balance era posible en ese primer momento y el mismo tendría la capacidad de otorgar cierta claridad al proceso general y a los alineamientos que más tarde se producirían. (Véase cuadro 8.)

Difícilmente podría llamársele a ese primer año, un año de "guerra entre fuerzas irregulares"; es evidente que el proceso no estaba constreñido al ámbito de fuerzas armadas, fueran éstas regulares o irregulares.

La gran mayoría de las bajas (84.4%) no pertenece a una fuerza armada, durante ese periodo. En realidad, estábamos en presencia de un proceso más amplio que cortó transversalmente a la sociedad argentina, en el cual cada fracción social buscó, o se encontró, en una situación que conducía inevitablemente a relaciones de lucha armada.

Cuadro 8

CANTIDAD DE MUERTOS Y HERIDOS PRODUCIDOS EN EL PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976, DISTINGUIENDO SU PERTENENCIA O NO A UNA FUERZA ARMADA (REGULAR O IRREGULAR)

	<i>Primer año</i>		<i>Segundo año</i>		<i>Tercer año</i>	
	<i>V-73 a IV-74</i>		<i>V-74 a IV-75</i>		<i>V-75 a III-76</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Bajas pertenecientes a una fuerza armada	118	15.6	374	61.5	1 150	71.3
Bajas que no pertenecen a una fuerza armada	636	84.4	234	38.5	462	28.7
Total de muertos y heridos	754	100	608	100	1 612	100

Todos sabemos hoy que la continuidad de ese proceso de la sociedad argentina se definió abiertamente por el triunfo militar de una de las fuerzas y que ésta impuso directamente su dictadura armada al resto de la sociedad; pero es conveniente tener presente cuál fue el desarrollo de los hechos, para poder así evaluar en qué medida ese triunfo fue posible, y cuál es la solidez del mismo. Pues es sabido, también, que posteriormente al triunfo militar de marzo de 1976 se mantuvo, y se mantiene, la política "clandestina" del enemigo en gran parte de sus operaciones armadas.

Conviene retomar el análisis, recordar y señalar que la tendencia central, en el transcurso de esos tres años, es llegar a constituir en el tercer año, un "momento militar" respecto a las bajas. En ese año (IV-75 a III-76) la gran mayoría de muertos y heridos corresponden a fuerzas armadas; la peno diente que se observaba en el primer y segundo año, a declinar las bajas no pertenecientes a una fuerza armada, se acelera enormemente y establece un punto de inflexión en el segundo año, que invierte los valores cargándolos definitivamente (71.3%) en el tercer año hacia las bajas pertenecientes a fueros armadas.

Un doble movimiento debe estar presente en el análisis: por un lado la búsqueda de cuál fue la tendencia general que asumieron los hechos a lo largo de esos tres años; por otro, intentar comprender de qué manera fue produciéndose esa tendencia en cada momento de su desarrollo. Desde esta

perspectiva, es una exigencia retornar al inicio del periodo constitucional y evaluar el peso que tienen – sobre la tendencia general ya señalada– las bajas según los alineamientos a los cuales pertenecían.

Cuadro 9

TOTAL DE MUERTOS Y HERIDOS PRODUCIDOS EN EL PRIMER AÑO (MAYO DE 1973 A ABRIL DE 1974), SEGÚN PERTENEZCAN O NO A UNA FUERZA ARMADA

	<i>Bajas pertenecientes a una fuerza armada</i>		<i>Bajas no pertenecientes a una fuerza armada</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Bajas pertenecientes a sector subversivos	32	27	568	89
Bajas pertenecientes a sectores antisubversivos	86	73	68	11
Total de muertos y heridos en el primer año	118	100	636	100

La gran mayoría de las bajas pertenecientes a una fuerza armada se constituye en el campo del enemigo (73%); en cambio, la gran mayoría de las bajas no pertenecientes a una fuerza armada las encontramos en el campo del pueblo (89%).

Sabíamos ya, por el cuadro anterior, que en este primer año la gran mayoría de las bajas eran no pertenecientes a una fuerza armada (84.4% del total de ese año); si incorporamos las relaciones de este nuevo cuadro, se nos vuelven comprensibles ciertas imágenes que se manejaron en ese momento y que lograron mistificar gran parte del proceso, en base a relaciones que, objetivamente, eran ciertas y reales.

Hubo una relación de fuerzas que fue enfatizada y promovida por el enemigo, y por algunas organizaciones revolucionarias, respecto a las bajas que se producían en las diferentes fuerzas armadas. La apariencia de una relación de fuerzas franca y determinantemente favorable al campo de la subversión surgía de la comparación que se realizaba entre las bajas de las fuerzas armadas del enemigo y las del pueblo; *por cada baja del campo popular se producían casi tres bajas del campo enemigo*. Se trataba de un recorte, en función del cual se producía un reduccionismo y se mostraba desde una perspectiva intencionada "de qué manera se ataca y hostiga a las fuerzas armadas

argentinas"; y desde una perspectiva "ingenua" de algunas organizaciones populares, "de qué manera el enemigo retrocede y se desbanda ante el ataque aguerrido de las fuerzas del pueblo". Ante esas imágenes, "se le" imponía al enemigo una represalia inmediata; y a las fuerzas populares "una ofensiva revolucionaria".

En verdad, la iniciativa y la relación favorable de fuerzas correspondían al enemigo; baste pensar que por cada baja de éste se estaban produciendo casi cuatro bajas en el campo del pueblo. La imagen "triumfalista" de algunos cuadros revolucionarios no sólo no tenía fundamento, sino que con tremenda facilidad se desmoronaba ante esa contabilidad inexcusable que con prudencia silenciosa realizaba el enemigo, y que le permitía mantener firmemente el desarrollo de su estrategia. El enemigo concentró sus operaciones en "acciones clandestinas" con el objetivo de producir bajas que lograsen la desmovilización del movimiento de masas, más que la búsqueda y enfrentamiento con las fuerzas armadas de las organizaciones revolucionarias.

La represión policial convencional actuaba directamente sobre las movilizaciones populares, y las organizaciones clandestinas del enemigo imponían una política de aniquilamiento de los elementos más combativos de los frentes de masas; mientras tanto, al mismo tiempo ocupaba posiciones, distribuía su fuerza de guerra a lo largo y ancho de todo el país en tareas de información e inteligencia acerca del proceso de radicalización del movimiento popular.

Las "masas movilizadas" y los "militantes políticos de base" reciben el peso fundamental de las bajas durante ese periodo; no sólo el 66% del total de bajas (muertos+heridos+ detenidos) les corresponde, sino también específicamente el 80% de los muertos y heridos durante ese primer año.

Las masas desarmadas son el objetivo del enemigo durante ese periodo. Es interesante comprobar con qué intensidad relativa, y estableciendo una verdadera "pendiente social", el enemigo realizaba sus bajas en el campo popular.

Cuadro 10

CANTIDAD DE BAJAS (MUERTOS, HERIDOS Y DETENIDOS) DEL CAMPO POPULAR DURANTE EL PERIODO MAYO DE 1973 A ABRIL DE 1974, SEGÚN EL CARÁCTER SOCIAL DE SU PERTENENCIA

Organizaciones Cuadros políticos y Masas movilizadas,

	<i>armadas</i>		<i>gremiales</i>		<i>militantes políticos</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>de base</i>	
					<i>(n)</i>	<i>%</i>
Muertos-heridos	32	8.2	82	25.2	465	32.8
Detenidos	359	91.8	244	74.8	952	67.2
Total de bajas	391	100	326	100	1 417	100

*Faltan 21 casos sobre los que no se registra información concreta.

Por supuesto, puede argumentarse que los cuadros armados estaban en mejor situación de hacer frente a las condiciones generales de la lucha; pero no es eso lo que está en discusión. Lo que se intenta señalar es que, de hecho, el núcleo fundamental de las bajas se concentra en lo que objetivamente podía constituir la retaguardia del campo popular en la lucha armada. Para esa retaguardia no hubo una política militar al alcance de sus fuerzas; tampoco las organizaciones armadas visualizaron la imprescindible y urgente necesidad de elaborar formas de autodefensa armada al alcance de las fracciones sociales que políticamente se sentían convocadas a las acciones, al activismo, y que se enfrentaban desarmadas e impotentes a las acciones terroristas de la política clandestina del enemigo que buscaba su aniquilamiento. El desconcierto, el desarme ideológico, la dispersión de fuerzas, fue la respuesta que se configuró en importantes sectores sociales que constituían el movimiento popular, ante el sistemático hostigamiento y amedrentamiento de las acciones legales y clandestinas del enemigo.

La decisión unánime e irreversible que había tomado la gran burguesía financiera respecto a la ejecución de una política de aniquilamiento de lo que denominaba la "subversión", no fue clara y totalmente comprendida por las diferentes fracciones sociales y políticas que configuraban el movimiento de masas, ni por sus cuadros intelectuales, políticos y gremiales. Éstos en su gran mayoría no se sentían involucrados en la denominación de "delincuentes subversivos". De hecho, no era comprendida la caracterización social y política que el enemigo tenía de las condiciones de la situación argentina: la consideraba una situación revolucionaria. El enemigo se comportaba con la convicción de que su situación era de guerra; el campo popular, en cambio, se fracturaba intentando alcanzar imágenes virtuales del poder, según fuera la situación social de cada fracción, como si el país pudiera a su vez fracturarse en tantos territorios como fracciones sociales pugnaban por el poder.

Lo que no se comprendía es que el enemigo no se reducía a la manipulación de una estrategia militar, sino a una política militar; no se trataba de un conjunto de militares tecnócratas al servicio de los intereses de una fracción de los capitalistas, sino de la *conducción política de la unidad burguesa, en condiciones de guerra*. El carácter de esa guerra, en la percepción de la burguesía, coincidía con la

frontalidad implícita en el desarrollo de la lucha de clases. De ahí su decisión firme y sin transacciones ante lo que visualizaba como subversivo: mató sin vacilación pero con prudencia, dadas las condiciones del país, porque en ello le iba la vida.

El ritmo de la acción del enemigo estuvo permanentemente subordinado al desarrollo de la lucha de clases; esa adecuación no respondía a una vocación académica, ni ideológica, sino a la convicción de que de ese desarrollo dependía para el uso de su fuerza. La crisis social y política por la que atravesaba la dominación burguesa, consecuencia de una crisis de hegemonía en su propio seno, se había expresado con profundidad en la diversidad de perspectivas de sus propios cuadros armados. El problema central de la burguesía argentina consistía en cómo resolver su crisis sin que las consecuencias de su resolución fueran aprovechadas –como tendía a suceder sistemáticamente– por la capacidad desencadenante y detonante del movimiento de masas popular. El proceso electoral, su convocatoria y desarrollo, había conducido a una situación de tregua que le era imprescindible y urgentemente necesaria en sus condiciones de crisis; esa tregua la había conducido a una situación institucional cuyo carácter constitucional le quitaba importantes grados de libertad en la capacidad de maniobra de sus fuerzas reales. El doble filo de la tregua lograda residía en el surgimiento a su vez de una alianza institucional entre fracciones burguesas y obreras, conducida por la política de Juan Domingo Perón; el control parcial que esa alianza detentaba del aparato del Estado era suficiente como para obstaculizar y retardar la estrategia de la urgida burguesía financiera argentina, cuya única territorialidad social coincidía con su poder: la mayoría de los cuadros de las Fuerzas Armadas. De ahí la necesidad de una política "clandestina" en sus acciones armadas; así como también su aquiescencia ante las acciones directas del terrorismo político del peronismo oficial. El enemigo dependió durante todo ese periodo del desarrollo de las contradicciones en el peronismo y en el movimiento de masas, y por supuesto, de la propia burguesía; fue en relación a esas contradicciones que fue creándose una territorialidad social cuasi propia que le permitió viabilizar en forma definitiva 8U ofensiva contrarrevolucionaria a partir de marzo de 1976; hasta ese momento estuvo inevitablemente constreñido al desarrollo que asumió la lucha de clases, sobre la cual podía incidir, pero no ser factor decisivo sino hasta muy avanzado el año 1975.¹⁵

Los cuadros revolucionarios, a su vez, se escindieron en la apreciación de la situación, enturbiada por la presencia del peronismo en el gobierno del Estado; de esa manera se crearon las condiciones favorables para que una parte de los cuadros revolucionarios se distanciaran de las formas precisas que asumió la lucha de clases y desarrollara políticas "autónomas" respecto a ese desarrollo.

En "Ezeiza" había sido posible observar el grado de importancia que tuvo el desarme político de muchos de los cuadros revolucionarios, que los llevó a la incapacidad de asumir la iniciativa en los enfrentamientos, y a responder con un arcaico repliegue de sus fuerzas ante la decidida acción de los cuadros armados del peronismo oficial; por otra parte, ante un hecho de masas de tal magnitud –no menos de un millón de personas–, algunas organizaciones revolucionarias se declararon "prescindentes", por considerarlo un "conflicto interno del peronismo".

En el "Navarrazo" sucedido en Córdoba, la misma ciudad donde meses antes el presidente cubano Dorticós fuera llevado en andas al palco que recordaba los acontecimientos de mayo de 1969, se repite en forma ampliada pero con mayor dramatismo político el mismo "desarme político" y la misma "prescendencia" de las organizaciones revolucionarias ante hechos que se inscribían en el desarrollo específico y concreto que tomaba la lucha de clases, y en la que el peronismo oficial volvía a tener la iniciativa.¹⁶

En la práctica las acciones fueron gastando una alianza política entre los partidarios del régimen y el gobierno; uno y otro combatían a las diferentes fracciones revolucionarias del movimiento de masas. A pesar de ello, las fracciones revolucionarias no lograban unificar sus políticas; al tiempo que cada vez se distanciaban más de los procesos específicos en que se desarrolló la lucha de la clase obrera en relación al régimen y al gobierno.

¿De qué manera los hechos armados sucedidos durante el segundo año reflejaron esa situación, y cuáles fueron las tendencias en relación al primer año? (Véase cuadro 11.)

Una relación cambió favorablemente a las fuerzas populares: mientras que en el primer año por cada baja del enemigo se producían casi cuatro bajas del pueblo, en este segundo año la relación decrece: por cada baja del enemigo se produce una baja, y fracción, del campo popular. Por otra parte, la lucha se hizo más "militar", la mayoría de las bajas pertenecían a una fuerza armada (374), prácticamente por partes iguales de ambas fuerzas; y, coherente con lo anterior, descendió en forma sustantiva la intensidad de las bajas no pertenecientes a una fuerza armada. A pesar de ello, se mantuvo la relación desfavorable al campo popular en cuanto a las bajas no pertenecientes a una fuerza armada. Pero pareciera no haber duda: en la medida en que la lucha fue asumiendo su momento francamente militar, las fuerzas armadas del enemigo van equiparándose al campo popular, en sus relaciones de bajas armadas, pero perdiendo la gran ventaja que llevaban respecto al total de bajas y, en particular, a las bajas no pertenecientes a una fuerza armada. En realidad lo que mantuvo la ventaja del enemigo fue más bien una "ausencia": el reducido número de bajas no pertenecientes a una fuerza armada que se

registraba en el campo del enemigo. Las fuerzas del campo popular no producían bajas en la retaguardia del enemigo; por el contrario, siguieron concentrando el esfuerzo y las consecuencias de su acción en una lucha cuyo carácter se distinguía de la del enemigo en cuanto a las bajas en la retaguardia y en las fuerzas armadas. Todas las tendencias y relaciones que se establecieron en este segundo año, serán definidas con más intensidad y claridad en el tercer año.

Cuadro 11

TOTAL DE MUERTOS Y HERIDOS PRODUCIDOS EN EL SEGUNDO AÑO (MAYO DE 1974 A ABRIL DE 1975), SEGÚN PERTENENCIA O NO A UNA FUERZA ARMADA

			<i>Bajas pertenecientes a una</i>		<i>Bajas pertenecientes a una</i>	
			<i>fuera armada</i>		<i>fuera armada</i>	
			<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Bajas	pertenecientes	a	192	51.3	181	77.4
sectores subversivos						
Bajas	pertenecientes	a	182	48.7	53	22.6
sectores antisubversivos						
Total	de bajas	en el	374	100	234	100
segundo año						

Cuadro 12

TOTAL DE MUERTOS Y HERIDOS PRODUCIDOS EN EL TERCER AÑO (MAYO DE 1975 A MARZO DE 1976), SEGÚN PERTENENCIA O NO A UNA FUERZA ARMADA

			<i>Bajas pertenecientes a una</i>		<i>Bajas no pertenecientes a</i>	
			<i>una fuerza armada</i>		<i>una fuerza armada</i>	
			<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Bajas	pertenecientes	a	694	60.3	376	81.3
sectores subversivos						
Bajas	pertenecientes	a	456	39.7	86	18.7
sectores antisubversivos						
Total	de bajas	en el	1 150	100	462	100
tercer año						

año

La gran mayoría de las bajas pertenecían a fuerzas armadas (1150); y nos encontramos con una tendencia claramente favorable al campo del enemigo: por cada baja que sufre, realiza casi dos bajas del campo del pueblo. Por otra parte, se agudizó nuevamente el incremento de bajas populares' no pertenecientes a una fuerza armada, al tiempo que la "ausencia" de bajas del enemigo en su retaguardia fue francamente muy notable.

Un balance preliminar nos advertía acerca de una tendencia favorable al campo del pueblo que surgía cuando asumíamos la totalidad de esos tres años. El periodo había comenzado con una relación de fuerzas, en la lucha armada, francamente desfavorable al campo popular, pues por cada baja del enemigo se producían casi cuatro bajas del campo popular; pero, entre el segundo y tercer año, esa relación cambió: por cada baja del enemigo se producían dos del campo popular. Es cierto que se trató de una relación fragmentada, que surgía de tener sólo en cuenta el conjunto de muertos y heridos de ambos campos; pero no se podía poner en duda que el volumen de las bajas del enemigo era considerable, sobre todo teniendo en cuenta que el campo popular restringía su acción de bajas sólo al sector armado del campo del enemigo.

Una digresión tal vez pueda ser útil en este momento del análisis, a pesar de que inicialmente nos dé la sensación de que nos aleja de él. Se trata del comportamiento de ciertas relaciones a través de los tres años, y cuya observación nos ayudará a comprender algunos aspectos que atañen al carácter y al sentido que revisten las luchas en ambos bandos, y a lograr una ponderación cualitativa de las diferentes formas que pueden asumir las bajas.

Cuadro 13

CANTIDAD DE MUERTOS Y HERIDOS, POR SEMESTRE. PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976 (FRECUENCIAS Y PORCENTAJES) *

	SEMESTRES											
	<i>Primero</i>		<i>Segundo</i>		<i>Tercero</i>		<i>Cuarto</i>		<i>Quinto</i>		<i>Sexto</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Muertos	81	13.2	60	28.2	80	29.7	236	51.4	413	61.1	666	65
Heridos	533	86.8	153	71.8	189	70.3	223	48.6	263	38.9	356	35
Total	614	100	213	100	269	100	459	100	676	100	1022	100

* Advertencia: Se agregan 279 casos en relación al total de muertos y heridos del cuadro 8, que

corresponden a muertos sobre los que no se conocía el alineamiento.

Durante los tres primeros semestres, la cifra de heridos es con nitidez dominante en relación con la de muertos: una suave pendiente indica un progresivo aumento de los valores correspondientes a muertos; en el cuarto semestre se produce una torsión de la tendencia de los valores: en un principio los homogeneiza, pero luego decididamente vuelca la relación hacia un franco incremento del volumen de los muertos. La muerte desplazó a los heridos.

¿Cómo soslayar un desenlace ya conocido por nosotros, cómo incorporado a nuestra urgencia de comprensión de un proceso que nos es inmediato, y que aún hoy nos mantiene en la lógica de las armas?

En principio, es conveniente una ruptura: abandonar una contabilidad de los cuerpos sin sujeto. Observar de qué manera se produce ese desplazamiento de los heridos por los muertos, y ver de qué manera nos indica el ritmo de una relación entre las fuerzas, así como el carácter que cada una imprime a sus acciones.

Cuadro 14

TOTAL DE MUERTOS Y HERIDOS, DISTINGUIENDO SU PERTENENCIA. PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

	<i>Campo del pueblo</i>		<i>Campo del enemigo</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Muertos	1 207	58.8	336	35.7
Heridos	847	41.2	604	64.3
total	2054	100	940	100

Nota: se incorporan 20 casos al total, ya que se sabe a qué campo pertenecen pero no a qué fuerza (referencia cuadro 8).

El desplazamiento de los heridos por los muertos pone al descubierto una identificación o correlación entre heridos-enemigo y muertos-pueblo. La mayoría de las bajas del enemigo son heridos. La muerte cubre el campo popular, establece las condiciones de la lucha: el aniquilamiento como política armada del enemigo. Las cifras difícilmente pueden ser explicadas por el argumento de un "exceso de represión"; parecería que se trata más bien de la imposición de una lógica que identifica al "guerrillero"

con "su muerte", como única alternativa válida; la búsqueda de esa razón será pues ideologizada, es decir, se producirá la necesaria inversión que de la realidad hace el enemigo: es el "guerrillero" quien "invita" a su muerte. ¡Quien dude, ahí están las cifras!

Por supuesto, se trataba de una falsedad a la altura de una pequeña burguesía domesticada; de sus temores, de sus engaños y de su capacidad casi infinita de vacilar. La burguesía, en cambio, mantuvo su certidumbre y su cinismo: defendía la "vida", "su" vida, aniquilaba sin vacilación; "después de todo se trataba de una guerra".

También las fuerzas del pueblo luchaban, mataban y herían. ¿Cuál era la diferencia? Un proceso, una tendencia, que quizás ayuda a comprender la decisión del enemigo, así como su urgencia por legitimar la inmediatez de la "pena de muerte"; de cuyo fracaso político nació la necesidad del mantenimiento de un orden clandestino que no tuvo otra base de sustentación que la complicidad de la burguesía argentina y el temor de la pequeña burguesía.

El enemigo supo sembrar el derrotismo en importantes sectores del campo popular; facilitó su tarea el "triumfalismo" de algunos cuadros revolucionarios que equivocadamente valorizaron sus luchas más allá de lo que la prudencia de su clase obrera callaba.

Pero entre el "derrotismo" y el "triumfalismo" había un espacio real, diferente y distinto, que no era ajeno a la lógica de las armas aunque no estaba subordinado a ella. A pesar de la enorme diferencia cuantitativa existente entre las fuerzas armadas que los dos bandos utilizaban en la lucha, el enemigo realizaba una ponderación y valoración del proceso y advertía el fortalecimiento de una tendencia hacia la formación y acumulación de una fuerza armada en disponibilidad de ser acaudillada por la clase obrera.

La posibilidad de una estrategia político-militar que no estuviera subordinada –como siempre lo había estado– a los cuadros profesionales de las fuerzas armadas del Estado, comenzaba a ser visualizada por la clase obrera. Le era posible realizar en su acción una reflexión que la condujera a evaluar la capacidad armada del régimen, asediado y debilitado por fuerzas a las cuales ella podía acaudillar de acuerdo a sus intereses de clase y tal cual los definía ella, en sus acciones inmediatas.

Una percepción maniqueísta de todos los procesos sociales y políticos que se sucedieron durante ese periodo, un aparente desarrollo autónomo y anárquico de las diferentes dimensiones del poder de las distintas fracciones sociales, encubrieron una lógica de las clases que no lograba aflorar a la superficie de los hechos políticos, salvo breves irrupciones. Por un lado, a partir del triunfo electoral, comenzó la descomposición del frente (FREJULI); 17 por otro, la burguesía financiera se lanzó a la búsqueda de

una territorialidad social que le permitiera lograr fuerza para liberar sus cuadros armados. El primer proceso llevó al aislamiento político de la clase obrera y a una profundización de su crisis ideológica; el segundo llevó a una alianza de clases dominada por la burguesía financiera y a la fragmentación política de las tendencias burguesas de la clase obrera, unida a la dispersión y desarme político de las fracciones burguesas y de pequeña burguesía que habían sido dominantes en la alianza de clases expresada en el FREJULI.

El enemigo impuso una táctica política a partir de la cual amenazó y coaccionó a todos los sectores sociales y les impuso, como eje del alineamiento de todas las políticas que se expresaban legítimamente en el seno del régimen, definir sus posiciones respecto a la "subversión". En un periodo en que sus fuerzas centrales y auxiliares no estaban aún unificadas, esa fue su táctica de confluencia política; tanto los partidarios del gobierno, como los partidarios del régimen; alinearon sus fuerzas y sus convicciones respecto a la subversión. Por supuesto, mantuvieron sus diferencias acerca de la prioridad que le correspondía en relación al proceso político general.

¿Qué era la subversión?

La subversión era la tendencia creciente de las diferentes fracciones sociales del movimiento de masas a mantener la continuidad de las luchas planteadas e iniciadas –de muy diferentes maneras– durante el periodo de las dictaduras militares (1966-73).

La transacción y la derrota habían sido en el pasado la tendencia tradicional y reiterada ante las ofensivas del enemigo; hasta ese momento siempre se había impuesto un cambio encubierto de política a todo intento por mantener la lucha y la combatividad. Por primera vez, la continuidad de la lucha encontraba una territorialidad social que la sostenía y asumía como propia, rechazando las tendencias que conducían al desarme político del movimiento de masas.

Ésa era la subversión: una determinada territorialidad social y la continuidad de su lucha.

Ninguna fracción social que expresara en sus intereses sociales y políticos al régimen capitalista, podía visualizar o constituir su momento político-militar al margen de los cuadros profesionales de las fuerzas armadas del Estado; carecían de la capacidad para formar una fuerza armada de carácter político-militar; eran capaces de tener fuertes y férreas guardias y/o grupos armados cuyo carácter intrínseco era mercenario, pero eran incapaces de expresarse en forma orgánica como fuerza armada. Sólo la clase obrera comenzaba a contar con esa posibilidad.

El uso de armas, el uso instrumental de armas, no podía ser confundido con el uso de una fuerza armada; el enemigo lo sabía, distinguía con relativa claridad esa diferencia, de ahí su intensa

preocupación y la dificultad para encontrar una estrategia que le permitiera lograr el desarme del movimiento de masas. Sabía leer en los hechos armados su significado más profundo: se orientaban cada vez más a la constitución de una fuerza armada de masas.

Sabía, y por eso callaba, que los hechos armados realizados por las organizaciones revolucionarias no buscaban el enfrentamiento, ni la medición de fuerzas, sino fundamentalmente la creación de una fuerza armada de masas. En la perspectiva revolucionaria la medición del proceso se realizaba en esos términos; en cambio, en el campo del enemigo, otros eran los criterios de la mensurabilidad.

Las "muertes", los "heridos", los "desaparecidos", los "secuestrados", los "detenidos", los "prisioneros", esa vasta trama posible de reticulación de los cuerpos constituía las formas de personificación contable del poder del enemigo; un poder que adquiría de esos cuerpos su realidad en términos de dimensión, sus magnitudes necesarias. Los cuerpos del pueblo eran expropiados de su poder mediante un proceso de reticulación que los constituía en la probabilidad de convertirse en bajas; la contabilidad de las bajas señalaba el estado y las relaciones del poder del enemigo en relación al pueblo.

La política de aniquilamiento de la subversión, de la territorialidad social que la expresaba, recibió como respuesta –una vez más– la continuidad de la lucha de esos sectores sociales con una intensidad mayor a la esperada por el enemigo: también el "proceso subversivo" fue capaz de incrementar el desplazamiento de los heridos por los muertos.

Cuadro 15

TOTAL DE MUERTOS Y HERIDOS, EN EL CAMPO DEL ENEMIGO.
 PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976,
 DISTINGUIENDO POR AÑO

	<i>Primer año</i>		<i>Segundo año</i>		<i>Tercer año</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Muertos	44	28.6	87	36.1	237	41.1
Heridos	110	71.4	154	63.9	339	58.9
Total	154	100	241*	100	576**	100

*Se incorporan 6 casos con referencia al cuadro II porque se sabe a qué campo pertenecen pero no a qué fuerza.

** Idem 34 casos.

Las bajas del enemigo (muertos y heridos) tienden cada vez más a registrar un cambio cualitativo en su composición: los heridos son desplazados por el incremento de los muertos. Era esa la lectura que preocupaba, incomodaba nerviosamente al enemigo, quien advertía que su acción no lograba revertir definitivamente el proceso de los hechos armados en su favor. Aunque mantuviera una ventaja cuantitativa, el enemigo no lograba alterar las relaciones cualitativas que señalaban una importante capacidad del campo popular para absorber la política de aniquilamiento del enemigo; al intensificarse la lucha y la iniciativa del enemigo, las organizaciones revolucionarias también eran capaces de alterar cualitativamente su lucha.

III

Ahora bien, ésa era la "contabilidad" del enemigo, pero no necesariamente la del pueblo. Las fuerzas populares no transitaban un periodo en que buscaran realizarse como poder, a pesar de que sus acciones iban creando una tendencia desfavorable en las relaciones de fuerzas para el poder del enemigo.

En forma quizás desordenada, errática y a veces errónea pero permanente, las organizaciones revolucionarias buscaron generar y mantener las condiciones de desarrollo del armamento del pueblo. Ésa fue la meta estratégica sustantiva del campo popular: lograr una fuerza armada de masas. Sus hechos, su lucha general, exigían una evaluación, una "contabilidad", de acuerdo al carácter de su estrategia real. Sus triunfos y derrotas sólo debían ser contabilizados como tales en función de esa perspectiva estratégica; el enemigo, por supuesto, adscribía un sentido y un carácter a las acciones de las organizaciones revolucionarias que obstaculizaba permanentemente la posibilidad de una valoración adecuada, creando en los sectores populares imágenes distorsionadas de los procesos.

La fuerza del enemigo estaba orientada a realizarse como poder; en el campo del pueblo la acción se orientaba a incrementar y acumular fuerzas. Dos rostros diferentes de los hechos armados que otorgaron perfiles totalmente contrapuestos a los hechos sucedidos durante esos tres años.

Cuadro 16

TOTAL DE HECHOS ARMADOS, DISTINGUIÉNDOSE SEGÚN PRODUZCAN BAJAS O NO, Y SEGÚN EL TIPO DE BAJAS.

PERIODO MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

	<i>Sin bajas</i>		<i>Heridos</i>		<i>Muertos</i>		<i>Detenidos</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Hechos producidos por el enemigo	1009	18.2	97	24.1	542	63	1479	87.9
Hechos producidos por la subversión*	4538	81.8	97	24.1	542	63	1479	87.9
Total	5547	100	402	100	860	100	1682	100

*Sobre el total de hechos falta un caso donde no se registra información.

Sabíamos ya (cuadro 3) que la gran mayoría de los hechos producidos por fuerzas populares no registraban bajas, y que la tendencia más importante de los hechos producidos por las fuerzas enemigas era producir bajas; sin embargo, es necesario observar los perfiles en que las dos fuerzas se presentan, para comprender y evaluar cómo las diferencias se estructuran siguiendo el diferente carácter con' que se pueden realizar las bajas (muertos, heridos y detenidos).

El tramo de inflexión de las tendencias, se ubica en el cambio de relación entre heridos y muertos; los valores extremos señalan las tendencias centrales de las dos fuerzas; lograr detenidos, para el enemigo; producir hechos sin bajas, para las fuerzas populares.

El aniquilamiento, el encierro y la acumulación de los cuerpos del pueblo expresan el poder de realización de las fuerzas del enemigo; ¿en qué términos debemos evaluar el poder de las fuerzas populares? Desde cierta perspectiva es posible pensar que el "ensamble" que encontramos entre las dos fuerzas, el cual se verifica en el tramo de inflexión, no nos remite a una relación directa "estímulo-respuesta" ni a un telón de fondo en el que el "enfrentamiento" estableciera los significados; pareciera más bien que otras son las determinaciones, y las dimensiones y las magnitudes, que otorgan sentido a los hechos del campo popular.

Se trata de dos perfiles que rechazan la imagen de polaridad; de ahí que el tramo de inflexión, o torsión, nos remita al segmento de heridos y muertos. Los valores de los extremos, el espacio y el tiempo transcurridos, nos advierten que estamos ante dos fuerzas que señalan momentos estratégicos diferentes: una al ataque, la otra en la defensa.

No estamos en presencia de un combate, el tiempo así lo indica; estamos en un teatro mayor, el espacio así lo expresa. Ese teatro mayores la guerra en la que lógicamente hubo combates entre dos

fuerzas. Estamos en un teatro de guerra: los hechos revelan operaciones de guerra en una territorialidad que abarcó la casi totalidad de la vida nacional.

Cuadro 17

TOTAL DE HECHOS ARMADOS SUCEDIDOS DURANTE EL PERIODO
MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>% acumulado</i>
Capital Federal	1504	17.7	
Gran Buenos Aires	509	6	
La Plata	480	5.6	
Total Parcial	2493	29.3	29.3
Capital de Córdoba	1283	15.1	
Provincia de Córdoba	172	2	
Total parcial	1455	17.1	46.4
Capital Santa Fe	147	1.7	
Rosario	657	7.7	
Provincia de Santa Fe	262	3.1	
Total parcial	1066	12.5	58.9
El resto del país	3495	41.1	
Total del país	8509	100	100

¿Cómo soslayar la envergadura de los hechos armados durante esos tres años, cuya dispersión geográfica no sólo no se puede poner en duda, sino que mucho menos aún puede llevar a no tenerlos presentes en el análisis político del periodo?

Es evidente que los hechos no se restringieron a un ámbito espacial particular, pero también es cierto que no fueron homogéneos en su conjunto ni dejaron de tener tendencias parciales a su concentración.

Al igual que lo ocurrido en el periodo 1969-71 con los movimientos de protesta social, la gran mayoría (70.7%), sucedieron en el interior del país; pero a diferencia de aquel periodo en que la lucha de calles hegemonizó la acción de masas, los hechos armados asumirán en el nuevo periodo el carácter inherente a las nuevas relaciones que establecían las fracciones sociales en pugna.

La búsqueda de una decisión por las armas en las luchas sociales y políticas fue tradicionalmente patrimonio exclusivo de las fracciones sociales que constituían la fuerza del régimen; la implementación de acciones armadas a partir de mayo de 1969 surgió en el seno del enemigo como manera de retomar la iniciativa estratégica perdida como consecuencia de la ruptura de su hegemonía armada en el "Cordobazo".

A través de ofensivas tácticas, sistemáticas y permanentes, el enemigo buscó destruir el creciente desarrollo en los movimientos sociales de una capacidad de ejecutar una decisión por las armas.

El contenido y el carácter de la ofensiva estratégica de las organizaciones populares revolucionarias expresaron, primaria y elementalmente, el estado de ánimo de las mayorías populares de la vida nacional respecto a la necesidad de asumir la capacidad de enfrentar la instancia armada del régimen; la ruptura de esa instancia era necesaria e inequívoca para todo aquel que pretendiera asumir la continuidad de las luchas populares del periodo. Las organizaciones revolucionarias expresaron y realizaron, cada una de ellas, ese estado de ánimo de algunas de las fracciones sociales que se sentían convocadas al ejercicio de una crítica práctica a manifestaciones parciales del régimen, o a la totalidad del mismo.

Durante el periodo 1966-69, "gobierno" y "régimen" se encontraban personificados en las acciones de J. C. Onganía; fue la forma en que se expresó la crisis del sistema institucional político tradicional y las contradicciones e incapacidad de la burguesía para lograr una institucionalidad que la unificara y la estabilizara en su dominio sobre el resto de la sociedad argentina.

El "Cordobazo", así como los otros movimientos de protesta que se sucedieron durante 1969-71, entremezclaron ese doble contenido político social: la lucha contra un gobierno, la lucha contra un régimen. De ahí la importancia de ese periodo.

Las alianzas de clases embrionarias y rudimentarias que otorgaron efectividad a esos movimientos, se irían desgranando a medida que las dos grandes estrategias del periodo 1969-73 se fueran implementando en sus distintos momentos tácticos.

El enemigo irá "abandonando" el gobierno mediante un repliegue táctico y concentrará sus fuerzas en la defensa estratégica del régimen: la distinción "gobierno-régimen" en el seno de la Junta Militar creó

las condiciones iniciales para el comienzo de una redefinición de los alineamientos políticos sociales que se habían registrado en el periodo 1966-71. Más tarde, la relación Lanusse-Perón creará las más sólidas condiciones para que el gobierno cuente con una fuerza social, cuya función inexcusable será la de ser la más importante fuerza auxiliar en la defensa estratégica del régimen durante el periodo 1973-76.

El movimiento popular distribuyó sus fuerzas a partir del periodo 1971-73 a lo largo del espacio que se creaba con la distinción "régimen. gobierno", concentrando su ataque político al gobierno y debilitando y aun desmovilizando sus fuerzas en la lucha contra el régimen.

El enemigo, por cierto, inmediatamente concentró su esfuerzo en aislar y aniquilar a las fuerzas que mantenían su lucha contra el régimen; proceso que si bien pasó en gran medida inadvertido durante el periodo 1971-73, será posteriormente explicitado y enfatizado por las fuerzas del régimen como su convocatoria política más nítida al resto de las fuerzas políticas de la burguesía argentina: la lucha contra la subversión.¹⁸

A pesar del proceso de dispersión de las luchas de los sectores populares y de sus diferentes alineamientos tácticos –una consecuencia de la distinción que el enemigo logró imponer entre "régimen" y "gobierno"–, las luchas políticas y sociales mantuvieron un eje estratégico unificador durante el periodo 1971-73 forjado a partir de la creciente ofensiva popular a las dimensiones del poder. La gran mayoría tomó, como trayectoria inicial, por el camino de la "sublimación" del poder, es decir, la "conquista" de un gobierno; los menos, trataron de mantener la continuidad de su lucha contra el régimen y de convocar a los sectores populares a que se sumaran a la misma. Tanto unos como otros lograron importantes triunfos táctico-políticos durante ese periodo; a pesar de la ambivalencia estratégica que suponían, lo cierto es que hacia mayo de 1973, se llega al punto más alto de la ofensiva popular y de masas que se había iniciado progresivamente –con sus "alzas" y sus "bajas"– a partir de mayo de 1969.

La estrategia político-militar del enemigo concentrará entonces todo su esfuerzo en destruir todas las manifestaciones de lo que constituía el contenido sustantivo de la embrionaria estrategia que había ido configurando la ofensiva popular: la necesidad de enfrentar la instancia armada del régimen.

El contraataque a la ofensiva popular es iniciado y desarrollado fundamentalmente por las fuerzas políticas y sociales que constituían el alineamiento dominante en las fuerzas del nuevo gobierno de J. D. Perón. Progresivamente se produce una alianza de las fuerzas políticas y sociales tradicionales del régimen y las del nuevo oficialismo gubernamental; producir la ruptura y desarme de la ofensiva

popular unificó tácticamente a las fuerzas del régimen y las del gobierno nuevamente durante el periodo 1973-76.

Las fuerzas populares, una vez logrado su triunfo táctico electoral, intentaron mantener su ofensiva, pero las nuevas condiciones en que se agudizaron e intensificaron los enfrentamientos políticos y sociales las fueron llevando a una situación en que la correlación de fuerzas se les tornó cada vez más desfavorable.

Se debilitó la fuerza de masas de la ofensiva popular y los sectores más combativos concentraron su acción en la búsqueda de la capacidad para enfrentar las ofensivas armadas que las fuerzas del enemigo generalizaban contra el movimiento popular. Se gestó un proceso cuya intensidad nos señalaba que el mismo no podía ser remitido ni reducido a la decisión y acción de las organizaciones revolucionarias de ese momento, a no ser que se admitiera –a partir de ello– que dichas organizaciones eran ya organizaciones de masas.

Un proceso cuya inteligibilidad no provenía de atribuirle al campo popular los objetivos que el enemigo realizaba y transfería a la responsabilidad del pueblo, un proceso que no se regía por la contabilidad del enemigo, ni por sus magnitudes de poder.

En esos tres años (1973-76) vimos, a través de los diferentes ordenamientos que podían asumir los hechos armados, cómo ellos otorgaban una inteligibilidad, un sentido, a las acciones de las fuerzas del enemigo en relación a las del pueblo: el enemigo buscaba realizarse como poder mediante el aniquilamiento, la destrucción de las fuerzas del pueblo. La contabilidad de las bajas humanas se constituía en la dimensión cuyas magnitudes señalaban las tendencias centrales divergentes de las dos fuerzas (cuadro 16); pero si bien es cierto que la "baja humana" -y su magnitud- tiene la capacidad de ordenar, dar sentido y distinguir los hechos armados del enemigo en relación a los del pueblo, éstos nos remitieron a un casillero en donde se concentraba la gran mayoría (85%) de los hechos armados del pueblo, lo cual nos dejaba una sensación de "alivio", ambigua y contradictoria. Es cierto: el pueblo no había buscado, mediante los hechos armados, producir bajas; pero, entonces ¿qué había buscado?

¿Qué expresaban los hechos armados desde la perspectiva del pueblo? "¿Un descontento, una violencia irracional típica del accionar de los movimientos de clases populares, cuyas consecuencias sólo llevan a la destrucción?"... Nuestro enemigo sonrío: nos tiene acorralados en la "sinrazón" de la lucha entre la "vida" y la "muerte".

Un momento. Volvamos a nuestro pueblo, dejémonos conducir por él, abandonemos momentáneamente las dimensiones del poder del enemigo, y busquemos las del pueblo, aquellas que

otorgan sentido a sus hechos armados.

La formación de una fuerza social capaz de manipular y expresarse como fuerza física y moral, la formación de una fuerza armada, fue sin lugar a dudas una consigna permanente de los sectores más combativos y radicalizados del movimiento de masas durante todo el periodo 1969-73; se la enunció desde muy diferentes perspectivas estratégicas y sugerencias tácticas, pero fue, de una manera u otra, el denominador común de los sectores populares en sus luchas políticas y sociales de esos años.¹⁹ La tendencia hacia el pertrechamiento armado fue también, por otra parte, la permanente consecuencia del desarrollo de las luchas entre las diferentes fracciones de la sociedad. La sociedad toda se sintió convocada, también el pueblo; y lo resolvió a su manera, de la única que puede hacerlo en sus primeros pasos: quitando las armas a quien las tiene.

Los hechos armados del pueblo se concentraron fundamentalmente en sus propias dimensiones y magnitudes, que reflejan el contenido real de su ofensiva estratégica: producir bajas materiales al enemigo, como forma inmediata del pertrechamiento popular. A partir de esa premisa, ahora sí, el conjunto total de los hechos armados puede ser ordenado con una aproximación mayor a sus metas estratégicas.

19 Incluso la campaña electoral de marzo de 1973 contó con el apoyo y la participación activa de organizaciones armadas del campo del pueblo.

Cuadro 18

TOTAL DE HECHOS ARMADOS PRODUCIDOS DE MAYO DE 1973 A MARZO DE 1976

	<i>Total de hechos armados con bajas humanas</i>				<i>Total de hechos armados sin bajas humanas</i>			
	<i>Con</i>	<i>bajas</i>	<i>Sin</i>	<i>bajas</i>	<i>Con</i>	<i>bajas</i>	<i>Sin</i>	<i>bajas</i>
	<i>materiales</i>		<i>materiales</i>		<i>materiales</i>		<i>materiales</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Hechos armados realizados por el enemigo	904	83.3	1182	63.6	492	19	482	16.4
Hechos	178	16.7	677	36.4	2092	81	2457	83.6

armados

realizados por

el pueblo

Total	1082	100	1859	100	2584	100	2939	100
-------	------	-----	------	-----	------	-----	------	-----

Nota: Sobre el total de hechos armados (ref. cuadro 1) faltan 45 casos sobre los que no se registra información completa.

Advertencia: En relación al cuadro 3, mantiene la consistencia interna concluyendo con el faltante de 17 casos.

El cuadro nos señala una polaridad posible. Las acciones del enemigo nos revelan, cada vez más, una lógica de cuya consistencia es difícil dudar: por un lado, el enemigo busca la destrucción de las fuerzas populares mediante la represión y el aniquilamiento de los cuerpos y de sus instrumentos materiales; por el otro los hechos armados del pueblo establecen su prioridad en las bajas materiales y soslayan, en forma nítida, las bajas humanas. El enemigo otorga prioridad a las bajas humanas; las fuerzas del pueblo a las bajas materiales.

Restringamos momentáneamente nuestra visión al campo específico del "pertrechamiento" buscado por las dos fuerzas, asumiéndolo como un grueso indicador de metas estratégicas en las dos fuerzas.

Cuadro 19

CANTIDAD DE HECHOS ARMADOS EN QUE SE PRODUCEN BAJAS MATERIALES CUYO carácter es el de su pertrechamiento DURANTE EL PERIODO DE MAYO 73 A MARZO 76

	Hechos realizados por el pueblo		Hechos realizados por el enemigo	
	(n)	%	(n)	%
Hechos armados con bajas humanas	150	13.5	910	66.7
Hechos armados sin bajas humanas	960	86.5	454	33.3
Total	1110*	100	1364**	100

*Sobre el total de hechos con bajas materiales faltan 1160 casos por no corresponder con el carácter de pertrechamiento .

**Sobre el total de hechos con bajas materiales faltan 32 casos por no corresponder con el carácter de

perrechamiento.

La búsqueda de un perrechamiento de las fuerzas populares, como manera de desarrollar e incrementar su poder armado, no estuvo asociado necesariamente con la realización de bajas humanas, sino todo lo contrario: la gran mayoría de los hechos armados realizados por las fuerzas populares que lograron un perrechamiento, se realizaron sin bajas humanas. Los intentos del enemigo por desarmar y destruir la fuerza armada del pueblo, se realizaron en la mayoría de los hechos armados, produciendo bajas humanas.

En el proceso político social general, los hechos armados van asumiendo poco a poco una razón, una lógica, que no se subordina a un supuesto irracionalismo de las organizaciones revolucionarias, ni de las acciones de los sectores populares. Los hechos armados –en su conjunto– expresan y reflejan en la compleja red de asociaciones de sus atributos una parte sustantiva, nada despreciable, de las luchas de clases de ese periodo.

En la actualidad, fines de 1979, la guerra continúa.²⁰

Una guerra en la que el pueblo perdió nítidamente la iniciativa estratégica del proceso en marzo de 1976; hacia fines de ese año, el enemigo consolidó militarmente su triunfo.

Llegaba a su fin el periodo de la *defensa* estratégica de su dominación.

La lucha contra la *subversión* y la *corrupción* fueron las banderas de convocatoria política y legitimación del golpe de Estado de marzo de 1976.²¹ Mediante el golpe se intentó lograr: la unificación política de la burguesía argentina bajo el dominio de la oligarquía financiera; la confusión y desmoralización de la pequeña burguesía; y el desarme y aislamiento político y social de la clase obrera. Precondiciones, todas, para intentar superar la crisis de acumulación del capitalismo argentino.

El enemigo conocía la dificultad de *realizar* políticamente su victoria militar de 1976; sabía que el tiempo le sería una dimensión tremendamente adversa en tanto no la convirtiera en un avance e incremento de su territorialidad social. Por ello otorgó a su estrategia un carácter de *ofensiva* contrarrevolucionaria, como manera de consolidar políticamente su golpe de Estado. Ante esa ofensiva del enemigo, de aniquilamiento y represión, los cuadros revolucionarios intentaron organizar una resistencia heroica, pero cuya única resultante fue desnudar definitivamente los graves y grandes errores de concepción estratégica que ellos habían sumado, a pesar de la enorme acumulación de fuerzas en los sectores populares.

En el límite mismo del derrumbe político y moral de las fuerzas populares comenzó su recuperación. Las fuerzas del pueblo tuvieron la capacidad de incorporar al combate político en el momento adecuado, en esta ya larga guerra, sus reservas estratégicas: las *locas de la Plaza de Mayo* son un ejemplo de ello, pero no el único.

El enemigo comienza a pagar el precio que el desarrollo de su estrategia le impone: el tiempo ha pasado y el espacio social no realizado lo lleva al *aislamiento* y a la pérdida de su unidad política y militar. Desde la perspectiva de la oligarquía financiera, ese ha sido un presupuesto básico para ella: su disposición a asumir las consecuencias de su estrategia de poder. El resto de la burguesía argentina comienza a buscar desesperadamente una tregua en la guerra, y lo hace ante su aliado, el cual sólo ofrece la capitulación incondicional a sus intereses.²²

En el campo popular lentamente se reestructuran los frentes; se mantiene aún la incapacidad para visualizar una política centrada y unificada en la defensa de los intereses populares. Las pequeñas ofensivas tácticas (1978-79) difícil y pobremente logran capitalizarse. Los cuadros revolucionarios del periodo anterior no se han recuperado de la derrota sufrida.

Se posterga una decisión insoslayable: leer desapasionadamente el desarrollo de la lucha de clases, para asumir luego –en función de ese desarrollo– la lucha necesaria.

Comienza un nuevo periodo de acumulación de fuerzas, cualitativamente distinto... *La guerra continúa.*

NOTAS

1 Sobre el "Cordobazo" se puede ver *Lucha de calles, lucha de clases* (trabajo colectivo), Ed. "La Rosa Blindada", Buenos Aires, 1973; *Conciencia de clase y enfrentamientos sociales: Argentina 1969*, Serie Estudios n. 32, Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1978; *Crisis y protesta social: Córdoba mayo de 1969*, Francisco Delich, Ed. Signos, Buenos Aires, 1970.

2 Acerca del "Cordobazo", así como también sobre los otros hechos de protesta social que se sucedieron hasta 1971, es interesante conocer una perspectiva que se establece desde las fuerzas armadas, *Mi testimonio* de A. A. Lanusse es tremendamente ilustrativo al respecto. A. A. Lanusse no

sólo era el Comandante en Jefe del Ejército durante el periodo del "Cordobazo", sino que luego será Presidente del país.

3 A. A. Lanusse, *Mi testimonio*. Lasserre Editores, Buenos Aires, 1977.

4 Siempre estuvo presente en importantes fracciones del movimiento popular la probabilidad de contar con la ayuda de un militar "nacional y popular" para sus proyectos políticos; imagen lógica en las perspectivas políticas que de alguna manera u otra presuponen el desarrollo de políticas de alianzas con diferentes fracciones alternativas de la burguesía, en las que la presencia de la "burguesía nacional" se busca en los cuadros armados, soslayando los cuadros políticos.

5 Los "hechos armados" son nuestra unidad de registro de la información que nos suministró la prensa escrita sobre los hechos de violencia, en el periodo estudiado; fue en la posibilidad de desagregación de sus atributos y en la búsqueda de sus asociaciones encubiertas que encontramos un sentido, una razón de su existencia y de sus consecuencias.

6 Con el nombre de "devotazo" (25-V-73) se hace referencia al carácter de lucha social, y de masas, que asumió la liberación de los "combatientes", de los cuadros políticos que habían combatido militarmente durante el periodo de las dictaduras militares (1966-73); proceso poco estudiado en su desarrollo, y mucho menos aún analizado. En la imagen ha quedado que la liberación se logró fundamentalmente debido a que la cárcel de Villa Devoto y otras prisiones fueron rodeadas por grandes movilizaciones populares, mientras que en su interior se creaban las condiciones de una verdadera sublevación de prisioneros. Por supuesto, no escapaba a nadie que ello era posible en gran medida como consecuencia del triunfo popular en las urnas; pero también es cierto que se lograba con una inmediatez tal debido a las acciones directas de las movilizaciones populares que "sobrepasaron" al sistema institucional y le impusieron un ritmo en el cual las masas fueron determinantes.

Los "hechos de Ezeiza" se produjeron el 20 de junio de 1973 en la más grande concentración política de masas que haya habido en Argentina, se debía recibir a Juan Domingo Perón, quien regresaba al país. Durante esa concentración se enfrentaron, en forma armada, las diferentes alineaciones políticas que formaban parte de las expresiones político-militares del movimiento peronista. Ha sido muy poco estudiado ese proceso, pero difícilmente se puede tener duda respecto a la antelación con que los alineamientos más reaccionarios tomaron sus decisiones de "librar combate" en los campos de Ezeiza, así como también respecto a la impunidad preestablecida con que contaron por parte de la conducción oficial del movimiento peronista y de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas argentinas. Para una mayor ilustración de estos sucesos, véase diario *La Prensa* del 20.VI- 78, Buenos Aires.

7 La "masacre de Trelew" (22-VIII-72) fue la respuesta que recibieron del régimen militar de A. A. Lanusse los prisioneros políticos que fracasaron en su intento de escapar de una prisión del sur de Argentina. Fueron asesinados.

8 La situación por la que atraviesa el proceso político argentino es presentada, particularmente en el exterior del país, como una lucha de carácter represivo contra una tendencia delictual. De esta versión participan incluso organizaciones que intentan otorgar un carácter revolucionario a su política: en la búsqueda de solidaridad apelan a la consigna de la lucha contra la represión, y se presentan a sí misma! como víctimas de esa represión, y no como grupos de combatientes que piden solidaridad para su lucha, en las condiciones en que ésta se da concretamente.

*En nuestro discurso, las frases entrecomilladas hacen referencia a una ilustración –un ejercicio metodológico a nivel del lenguaje, oral o escrito– acerca de proposiciones formuladas en relación a los hechos armados, a lo largo del periodo estudiado.

9 La intensidad del enfrentamiento parece ser un atributo constante del desarrollo de los hechos armados, dada la similitud existente entre las dos fuerzas respecto al enfrentamiento con bajas (27% en antisubversivos; 25.5% en la subversión); pero tanto en un caso como en otro la gran mayoría 'de los hechos armados con bajas (muertos+heridos) se registran sin que se establezca un enfrentamiento. Asimismo, los hechos armados con enfrentamiento que producen bajas (muertos-heridos) forman un volumen prácticamente similar a los que no producen bajas.

HECHOS ARMADOS EN QUE SE PRODUCEN BAJAS (MUERTOS y HERIDOS) SEGÚN SE PRODUZCAN CON ENFRENTAMIENTO o SIN ÉL. DISTINGUIENDO LOS REALIZADOS POR LA ACCIÓN ANTISUBVERSIVA O POR LA ACCIÓN SUBVERSIVA

	<i>Hechos producidos por la acción antisubversiva</i>		<i>Hechos producidos por la acción subversiva</i>	
	<i>(n)</i>	<i>%</i>	<i>(n)</i>	<i>%</i>
Hechos armados en que se produce enfrentamiento	173	27	159	25.5
Hechos armados en que no se produce enfrentamiento	466	73	465	74.5
Total de hechos armados en que se producen bajas (muertos+heridos)	639	100	624	100

10 Extractado del diario *Clarín* del 24 de octubre de 1973: "En la localidad de 25 de Mayo tuvo lugar la ceremonia de cierre del operativo 'Gobernador coronel Dorrego', que organizado y planificado por la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, cumplieron efectivos del Ejército y miembros voluntarios de la Juventud Peronista, para recuperar la zona del centro oeste de la provincia, devastada por las inundaciones. Asistieron a los actos programados con tal fin, el gobernador de la provincia. Óscar Bidegain, y los miembros de su gabinete; el comandante general del Ejército, teniente general Jorge R. Carcagno; el ministro de Defensa Nacional, Ángel Robledo; el comandante del Cuerpo de Ejército I, general Leandro E. Anaya; el comandante de la Décima Brigada de Infantería, general Rodolfo E. Cánepa; el representante de la Regional I de Juventud Peronista, Juan Carlos Dante Gullo; el interventor de Y.P.F. general (RE) Ernesto Patigatti; los senadores nacionales Fonrouge y Luder, los diputados de la nación Kelly, Falabella y Ponce; miembros de la Legislatura bonaerense y dirigentes de la Juventud Peronista.

11 Cada cual en su escenario y en su momento, hicieron referencia a la imagen de "anticuerpo" necesario a la defensa del organismo social. J. D. Perón la usaba para justificar la existencia en su movimiento de "muchachos extremistas", que era útil pues desarrollaba anticuerpos necesarios a su movimiento que se encargaban de combatir a esos "muchachos"; más tarde veremos la misma imagen usada por Massera para justificar "la inevitable reacción lógica que se produce ante el extremismo de izquierda" como eran las acciones de fuerzas parapoliciales ("escuadrones de la muerte"); y, más tarde, Agosti, en su carácter de representante argentino de la Junta Militar de gobierno, en un viaje a Estados Unidos, declaró que la violencia ilegal de los grupos de derecha tenía una justificación en la medida en que enfrentaba el terrorismo de izquierda, por lo tanto sus ejecutores no podían ser condenados pues su lucha era justa. Todos esos jefes coinciden en cuanto al efecto "saludable" de los "anticuerpos" y los admiten como una manera de proteger al organismo social. La idea guarda una relación tremendamente congruente con la corriente de los técnicos franceses (sociólogos?!) que han escrito –como consecuencia de sus fracasos en las antiguas colonias– acerca de la necesidad de introducir en las sociedades sin conflictos (!) elementos violentistas que tendrían como consecuencia desarrollar los necesarios anticuerpos que permitirían defender luego al sistema social vigente.

"Una organización estatal debilitada es como un ejército que ha perdido todo su vigor; entran en el campo los 'arditi', o sea las organizaciones armadas privadas que tienen dos objetivos: hacer uso de la ilegalidad mientras el Estado parece permanecer en la legalidad, como medio de reorganizar al mismo Estado. Creer que a la actividad privada ilegal se puede contraponer otra actividad similar, es decir,

como batir el arditismo con el arditismo es algo estúpido; significa creer que el Estado permanecerá siempre inerte, lo cual no ocurre jamás, al margen de las otras condiciones diferentes. El carácter de clase lleva a una diferencia fundamental: una clase que debe trabajar todos los días con horario fijo no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias disponibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo. A cualquier hora del día y de la noche, estas organizaciones convertidas en profesionales, pueden descargar golpes decisivos y utilizar la sorpresa. La táctica de los 'arditi' no puede tener por lo tanto la misma importancia para una clase que para otra. Para ciertas clases es necesaria, porque le es propia, la guerra de movimiento y de maniobra que, en el caso de la lucha política, puede combinar con un útil y hasta indispensable uso de la táctica de los 'arditi'." Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. Ed. Juan Pablos. 1975, p. 91.

12 Nos parece plausible asumir como hipótesis que la existencia de "acciones clandestinas" de carácter armado ejecutado por los aparatos del Estado obedecen fundamentalmente no tanto a la necesidad del secreto operativo que las condiciones del enfrentamiento imponen, sino a la falta de unidad política y poder social que esas acciones tienen en el resto de la sociedad; al carecer del respaldo político-social deben recurrir al anonimato. Es interesante, pues ello reflejaría la incapacidad del sistema político social institucional de ser la expresión del sector de intereses que definen a la burguesía financiera argentina, y cómo ella, al igual de lo que sucede en el resto de los países capitalistas, debe recurrir a un complejo andamiaje clandestino para el logro de sus intereses sociales, económicos y políticos. En parte suponemos que ello también sería el reflejo de la crisis del "Estado nación" como unidad territorial, social y política del capitalismo en su etapa actual de transición al intento de hegemonía del capital financiero en el sistema mundial capitalista.

13 Cf. A. A. Lanusse, op. cit.

14 Nos referimos fundamentalmente a tres conjuntos de hechos: a) el ausentismo laboral, la baja de productividad, el aumento creciente de los conflictos laborales; b) los hechos sucedidos en mayo de 1974, en la Plaza de Mayo, durante el discurso de J. D. Perón, cuando éste ataca frontalmente a los grupos más combativos presentes en el acto, y recibe como respuesta un retiro multitudinario: se va más de la mitad de los manifestantes que habían concurrido a la concentración, hecho cuya importancia tiene más relevancia si agregamos que la decisión no fue consecuencia de una orden de las organizaciones, sino que nació espontáneamente; por supuesto, las organizaciones que habían sido atacadas por las palabras de Perón, ante la acción de los manifestantes, también se sumaron al retiro; c)

las movilizaciones de la clase obrera como consecuencia –en 1975– de las decisiones en materia de política económica que tomó el gobierno de Isabel Perón; la clase obrera fue mucho más allá de las decisiones de sus conducciones gremiales y políticas, incorporando en sus movilizaciones a las metas sólo salariales, nuevas metas políticas, en un momento en que todas las organizaciones armadas revolucionarias estaban fundamentalmente acuarteladas.

15 En nuestra perspectiva, la burguesía financiera pierde la iniciativa en la lucha de clases en 1969 y vuelve a retornada francamente a partir de marzo de 1976. Durante esos siete años la clase obrera, los sectores populares, las fracciones más radicalizadas, si bien no manejan una permanente iniciativa en las luchas de clases, lo cierto es que en forma pendular logran importantes avances en el ejercicio de las mismas, imponiéndolas en más de una ocasión al resto de la sociedad.

16 Por "Navarraw" se hace referencia a un suceso ocurrido en 1974, en el cual participó el jefe de la Policía Provincial de Córdoba, y que tuvo como consecuencia el cese del mandato constitucional de las autoridades provinciales en Córdoba. La sublevación de Navarro contó con el apoyo de importantes fracciones de la clase obrera cordobesa, y por supuesto, de los cuadros políticos bajo su mando.

17 El Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) estaba integrado por el Partido Justicialista, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) el Partido Conservador Popular (PCP) y el Partido Popular Cristiano (PPC), que se aliaron en un frente para las elecciones de marzo de 1973.

18 "La lucha frontal contra lo que, para nosotros, era ya el enemigo subversivo, se hacía especialmente difícil en el relativo aislamiento en que nos encontrábamos." A. A. Lanusse, op. cit., p. 134.

"El elemento unificante que hubiera podido ser, teóricamente, la lucha antisubversiva, no era apreciado entonces con la claridad de cinco años más tarde." A. A. Lanusse, op. cit., p. 133.

20 Por supuesto, hay quienes dudan acerca de la corrección de caracterizar la situación actual como de *guerra*; para ellos, baste referirlos a las expresiones no sólo de los comandantes de las tres armas sino a las del propio jefe de Estado (Videla), publicadas en la prensa internacional durante la última semana de noviembre de 1979: "Es una guerra extraña, en el sentido de que es difícil decir cuándo empezó, dónde tuvo su punto de partida y si ha terminado".

21 *La corrupción* era la manera como el enemigo nominaba al oficialismo del peronismo gubernamental. Entre la *subversión* y la *corrupción* el enemigo percibía la lucha política y social de la clase obrera.

22 La bipolaridad política del periodo 1973-76 ha hecho crisis y aún no están definidos los términos de una nueva polarización de fuerzas.

Reservamos para un próximo trabajo el análisis del periodo 1976-79.